

LA MOSTRACIÓN DE DIOS  
A PARTIR DE LA EXPRESIÓN “DE DIOS”  
EN EL CUARTO EVANGELIO

Monografía para optar por el título de Magíster en Teología

Jerson Rincón Umbarila

Director: José Alfredo Noratto Gutiérrez, PhD  
Segundo lector: José Roberto Arango, S.J.

Fecha de sustentación: 18 de marzo de 2014

**Jerson Rincón Umbarila**

Magíster en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; profesional en Ciencias Bíblicas, Corporación Universitaria Minuto de Dios, Bogotá; Bachiller en Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

Correo electrónico: [jersonrincon@yahoo.com](mailto:jersonrincon@yahoo.com)

**José Alfredo Noratto Gutiérrez**

Doctor en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá; Magíster en Teología Bíblica, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma; Especialización en Literatura Joánica, Instituto Católico de París; Especialización en Educación, Universidad Santo Tomás de Aquino; Especialización en la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalén; Pregrado/Universitario, Licenciatura en Filosofía, Universidad Santo Tomás de Aquino.

Correo electrónico: [alfredo.noratto@javeriana.edu.co](mailto:alfredo.noratto@javeriana.edu.co)

**José Roberto Arango, S.J.**

Licenciado en Sagrada Escritura, Pontificio Instituto Bíblico, Roma; Licenciado en Filosofía y Letras y Diplomado en Teología, Universidad Javeriana.

Correo electrónico: [jrarango@javeriana.edu.co](mailto:jrarango@javeriana.edu.co)

## **RESUMEN DE LA MONOGRAFÍA**

La revelación de Dios que acontece en el cuarto Evangelio presenta unas particularidades; en la monografía se pone en evidencia cómo se va desarrollando este proceso de revelación a partir de la expresión “de Dios” (en griego se trata de la declinación en modo genitivo del sustantivo). Así, al abordar el contexto de cada una de las frases que contienen dicha expresión se encuentra que se refieren a Dios, a Jesús y a los seres humanos.

Al explicitar la semántica de las notas características de las tres referencias de la expresión, se plantea que quien muestra a Dios padre es Jesús, y a su vez, él mismo es Dios, quien se revela en una plena comunión con el Padre. Dios también se revela en los seres humanos que deciden creer que Jesús es el Hijo de Dios, nacen de nuevo y reciben la posibilidad de ser sus hijos, y finalmente, Dios se muestra en la comunidad creyente mediante el Espíritu Santo quien la acompaña, sostiene y alienta.



# CONTENIDO DE LA MONOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

### CAPÍTULO 1

#### LA EXPRESIÓN *DE DIOS* EN EL CUARTO EVANGELIO

1. La lectura continua del Evangelio y los datos
2. Las expresiones en sus respectivos contextos
3. Clasificación de las expresiones
  - 3.1 Versículos en que la expresión *de Dios* se refiere a Dios y a Dios padre
  - 3.2 Versículos en que la expresión *de Dios* se refiere a Jesús
  - 3.3 Versículos en que la expresión *de Dios* se refiere a los seres humanos
4. Conclusiones

### CAPÍTULO 2

#### LA EXPRESIÓN *DE DIOS* Y SU SENTIDO

1. La expresión *de Dios* cuando refiere a Dios padre
  - 1.1 Dios es quien envía
  - 1.2 Dios ha enviado su Palabra y por medio de ella transmite sus palabras
    - 1.2.1 A Dios se le puede escuchar
  - 1.3 Dios comunica su gloria por medio de su Hijo
  - 1.4 La obra *de Dios* se realiza a través de su Hijo
  - 1.5 Dios propone al ser humano una enseñanza que a su vez es transmitida por su Hijo
  - 1.6 Los ángeles *de Dios* suben y bajan sobre el Hijo del Hombre
  - 1.7 El Reino *de Dios* se puede ver y en él se puede entrar
  - 1.8 El amor *de Dios* puede estar en el ser humano

- 1.9 La ira *de Dios* recae sobre los que se resistan a creer en el Hijo
2. La expresión *de Dios* cuando refiere a Jesús
  - 2.1 Jesús es el hijo *de Dios*
  - 2.2 Jesús es quien ha venido y salido *de Dios*
  - 2.3 Jesús es el don *de Dios*
  - 2.4 Jesús es el pan *de Dios* que baja del Cielo
  - 2.5 Jesús es el cordero *de Dios*
  - 2.6 Jesús es el santo *de Dios*
3. La expresión *de Dios* referida al ser humano
  - 3.1 Los seres humanos han recibido la posibilidad de ser hijos *de Dios*
  - 3.2 Los seres humanos que reciben la Palabra nacen *de Dios*
  - 3.3 Los seres humanos que escuchan la Palabra *de Dios* muestran que proceden de él

## Conclusiones

### CAPÍTULO 3

#### LA MOSTRACIÓN DE DIOS EN EL CUARTO EVANGELIO

1. Dios se muestra en Jesús
  - 1.1 Jesús muestra a Dios
    - 1.1.1 Jesús revela que Dios padre es quien le ha enviado
    - 1.1.2 Jesús es la Palabra hecha carne que transmite las palabras del Padre
    - 1.1.3 Jesús revela la gloria del Padre
    - 1.1.4 Jesús revela el amor del Padre
    - 1.1.5 Jesús revela la obra del Padre
    - 1.1.6 Jesús es la comunicación definitiva entre Dios y los seres humanos
    - 1.1.7 Jesús es el Reino de Dios
  - 1.2 Jesús muestra que él es Dios
    - 1.2.1 Jesús es Dios, el hijo que procede del Padre
    - 1.2.2 Jesús es Dios, entrega su vida como don y como alimento
    - 1.2.3 Jesús es Dios, el cordero que quita el pecado del mundo
    - 1.2.4 Jesús es Dios el nuevo y definitivo santuario

2. Dios se muestra en el creyente
  - 2.1 Dios hace a los creyentes sus hijos
  - 2.2 Dios se muestra en la comunión de los creyentes
    - 2.2.1 Dios se muestra en el amor de los creyentes que forman comunidad
    - 2.2.2 Dios se muestra acompañando la comunidad
    - 2.2.3 La comunidad muestra la gloria de Dios
    - 2.2.4 La comunidad muestra la realeza de Jesús

## CONCLUSIONES

## BIBLIOGRAFÍA





## PRESENTACIÓN DEL EXTRACTO

El Capítulo 2 desarrolla un acercamiento al significado de cada una de las notas características que explicitan los tres grupos a los que se refiere la expresión “de Dios”, revisando lo que ellas significan en el Antiguo Testamento, en el Nuevo y, particularmente, cuál es su sentido en el cuarto Evangelio, para descubrir lo que van permitiendo reconocer de la mostración de Dios a los seres humanos.

Cuando se refiere a Dios muestra que es aquel que *envía* (1,6); dirige su *Palabra* a los seres humanos (3,34); es a quien se le puede *escuchar* (8,40); es quien posee la *gloria* (11,4); propone una *obra* (6,29); *enseña* a los seres humanos a través de Jesús (6,45); es aquel cuyos *ángeles* suben y bajan sobre el hijo del hombre (1,51); su *Reino* se puede ver y en él se puede entrar (3,3.5); es descrito como aquel cuyo *amor* puede estar o no estar en los seres humanos (5,42); y es descrito por Juan el Bautista como aquel cuya *Ira* puede permanecer sobre los que no creen (3,36).

Cuando se refiere a Jesús, muestra que es el *Hijo* de Dios, lo que tiene varios matices, pues es a la vez una conciencia de Jesús (5,25) y un reconocimiento de quienes se hacen sus discípulos (1,34); es motivo de rechazo por parte de las autoridades judías (19,7) y al final del evangelio es afirmada por el mismo evangelista como la razón de ser de su narración (20,31). Jesús afirma de sí mismo que es quien ha *venido y salido* de Dios, esta afirmación tiene tres dimensiones: es la conciencia de Jesús (6,46), el reconocimiento de los que se hacen sus seguidores (16,30) y el motivo de rechazo por parte de los judíos (9,16). Jesús es el *Don* de Dios, quien puede dar de beber el agua viva (4,10); es el *pan* de Dios, que baja del cielo (6,33); es señalado por Juan el Bautista como el *cordero* de Dios (1,29.36); es el *santo* de Dios (6,69), a quien reconocen los Doce.

Cuando se refiere a los seres humanos se descubre que ellos tienen la posibilidad de ser *hijos* de Dios (1,12); pueden *nacer* de él (1,13); y al escuchar su Palabra *proceden* de él.

## EXTRACTO

### Capítulo 2 LA EXPRESIÓN *DE DIOS* Y SU SENTIDO

El presente capítulo se propone hacer un acercamiento al significado de cada una de las categorías que explicitan los tres grupos, revisando lo que ellas significan en el Antiguo Testamento, luego en el Nuevo Testamento, y de manera particular cuál es su sentido en el cuarto Evangelio, con la pretensión de descubrir qué es lo que permiten reconocer de la mostración de Dios a los seres humanos.

#### 1. LA EXPRESIÓN *DE DIOS* CUANDO REFIERE A DIOS PADRE

##### 1.1 DIOS ES QUIEN *ENVÍA*

En el cuarto Evangelio encontramos la palabra *enviado* referida a Juan el Bautista<sup>1</sup>, a Jesús<sup>2</sup>, a los discípulos<sup>3</sup> y al Espíritu Santo<sup>4</sup>. Se puede

---

<sup>1</sup> Juan Bautista como enviado: en el prólogo se afirma que Dios ha enviado a Juan para que diera testimonio de la Luz para que todos creyeran por él; luego cuando estaba Juan bautizando en Ainón cerca de Salín, resultó que fue abordado por sus discípulos quienes con ocasión de una discusión con un judío, le dijeron que Jesús estaba bautizando y que todos acudían a él; esta oportunidad es aprovechada por Juan para dar testimonio de Jesús diciendo: “yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él” (3,28).

<sup>2</sup> Jesús enviado del Padre: Dios ha enviado a su Hijo al mundo, no para juzgarlo sino para que se salve por él (3,17); él es quien proclama las palabras de Dios pues no da el Espíritu con medida (3,34); las obras que él realiza testifican que el Padre lo ha enviado

ver un movimiento permanente de envío, Dios *envía* a Juan como testigo de la luz ante los hombres; el Padre *envía* a Jesús al mundo para salvarlo; después de resucitar, Jesús *envía* al Espíritu Santo (en comunión con el Padre) a los discípulos para que les recuerde todo lo que les ha enseñado; cuando los discípulos lo reciben, son a su vez *enviados* al mundo, para que sigan enseñando lo que Jesús les transmitió.

## 1.2 DIOS HA ENVIADO SU *PALABRA* Y POR MEDIO DE ELLA TRANSMITE SUS *PALABRAS*

En el Antiguo Testamento el sustantivo *palabra* (*dabar*) de Dios, se usa para hacer referencia a una comunicación divina que llega a los hombres de parte de Dios en forma de mandamiento, profecía, advertencia o aliento; la fórmula usual es “*vino* (literalmente: fue) la palabra de Yahveh a...”, pero a veces la palabra es “vista”, como si fuese una visión (Is 2,1; Jer 2,31; 38,21). La palabra de Yahveh es extensión de la personalidad divina, investida con su autoridad y debe ser escuchada por ángeles y hombres (Sal 103,20; Dt 12,32); permanece para siempre (Is 40,8), y una vez pronunciada no puede volver sin que se cumpla (Is 55,11). Se usa como sinónimo de la Ley

---

(5,36); la obra que Dios propone a los hombres es que crean en aquel que él ha enviado (6,29); el Padre envía a Jesús y este a su vez vive por él (6,57); solo el enviado es quien conoce al Padre (7,29).

<sup>3</sup> Los discípulos enviados por Jesús: serán sus discípulos y conocerán la vida eterna, la cual consiste en conocer al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (17,3); las palabras que el Padre ha dado a Jesús son aceptadas por sus discípulos, quienes reconocen y creen que él le ha enviado (17,8). Como el Padre ha enviado a Jesús así él envía a sus discípulos (17,18); quiere que los discípulos y él sean uno, como el Padre y él son uno, así el mundo creerá que él ha sido enviado, y conocerán que el Padre los ha amado a ellos como lo ha amado a él (17,21.23.25); cuando Jesús ha resucitado envía a sus discípulos de la misma manera que el Padre lo ha enviado a él (20,21).

<sup>4</sup> El Espíritu Santo enviado por Jesús y el Padre: Jesús pedirá al Padre otro paráclito para que esté con ellos para siempre (14,16); lo enviará en nombre de Jesús (14,16); Jesús lo enviará de junto al Padre (15,16); el Espíritu guiará a la verdad completa (16,13); después de la resurrección Jesús dice a sus discípulos reciban el Espíritu Santo (20,22).

(Toráh) de Dios (Sal 119), siendo este el único lugar donde se hace referencia a ella como mensaje escrito en lugar de hablado<sup>5</sup>.

Una de las expresiones más claras en medio de las cuales se da a conocer la Palabra de Dios es el profetismo<sup>6</sup>, presente a lo largo de toda la historia de Israel; Dios habla a hombres escogidos con la misión de transmitir su Palabra. También se presenta la Palabra de Dios por medio de la sabiduría divina que llega al corazón de los hombres (Prov 8,1-21.32-36; Sab 7-8), y les enseña cómo dirigir la vida o les revela los secretos divinos (Dn 5,11ss.; ver Gn 41,39)<sup>7</sup>.

En el Nuevo Testamento, el *sustantivo palabra* es traducción de dos términos griegos: *logos* y *remata*, el primero de los cuales se usa especialmente en el mensaje evangélico cristiano (Mc 2,2; Hch 6,2; Gal 6,6), aunque el segundo también tiene en ocasiones el mismo significado (Rm 10,8; Ef 6,17; Hb 6,5). Nuestro Señor habló de la *Palabra* de Dios (en la parábola del sembrador Lc 8,11; Mc 7,13; Lc 11,28). Pero en los evangelios sinópticos siempre se valió del plural al hablar de su propio mensaje (“mis palabras”, Mt 24,35; Mc 8,38; Lc 24,44). Para la Iglesia primitiva la *palabra* era un mensaje revelado por Dios en Cristo, que debía ser predicado, atendido y obedecido. Se trataba de la *palabra* de vida (Flp 2,16), de verdad (Ef 1,13), de salvación (Hch 13,26), de reconciliación (2Co 5,19), de la cruz (1Co 1,18)<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Haarbeck, “Palabra”, 1010.

<sup>6</sup> La manera en que se dirige a los profetas puede variar, a unos habla en “visiones y en sueños” (Nm 12,6; ver 1R 22,13-17); a otros con una inspiración interior más indefinible (2R 3,15ss.; Jr 1,4); a Moisés habla “cara cara” (Nm 12,8); con mucha frecuencia ni siquiera se precisa el modo de expresión de su palabra (por ejemplo, Gn 12,1). Pero lo característico de todo lo anterior es la conciencia que tiene cada persona en particular de que es Dios quien habla, que su Palabra los invade, es más, en algunos casos incluso les hace violencia como en el caso de Amós y de Jeremías (Am 7,15; ver 3,8; Jr 20,7ss.). Para todos ellos la Palabra de Dios es el hecho primero que determina el sentido de su vida y la forma extraordinaria en que la Palabra surge en ellos hace que atribuyan su origen a la acción del Espíritu de Dios. Ver Grelot y Feuillet, “Palabra de Dios”, 630.

<sup>7</sup> Haarbeck, “Palabra”, 1010.

<sup>8</sup> *Ibíd.*

En el cuarto Evangelio el sustantivo *palabra* aparece expresado por los mismos dos términos: *logos* y *remata*; lo característico está en que no se puede particularizar de manera definitiva la referencia que se hace con cada término, pues con los mismos se refiere la palabra del Padre, la de Jesús y las de los hombres<sup>9</sup>.

Al analizar el sustantivo *palabra* a lo largo del evangelio se descubren las siguientes referencias: la procedencia divina de la *Palabra*<sup>10</sup>; la identificación entre las *palabras* de Jesús y las *palabras* del Padre<sup>11</sup>; la comunicación de la *Palabra* del Padre a través de las *palabras* de Jesús<sup>12</sup>; la acogida de la *Palabra* por parte de los hombres y mujeres que se hacen discípulos de Jesús<sup>13</sup>; el rechazo de la *Palabra* por parte de los judíos<sup>14</sup>; el cumplimiento de la *Palabra* de Jesús<sup>15</sup>; y la continuidad en la transmisión de las *palabras* de Jesús por medio de las *palabras* de los discípulos<sup>16</sup>.

<sup>9</sup> Jesús afirma que la palabra es verdadera, uno es el sembrador y otro el segador (4,37); muchos samaritanos creyeron por la palabra de la mujer que daba testimonio (4,39.41); Pilato se atemoriza ante las palabras de los judíos (19,8), y por sus palabras hace sentar a Jesús en el tribunal (19,13); corrió entre los discípulos la palabra de que el discípulo amado no moriría (21,22).

<sup>10</sup> El Evangelio de Juan nos revela que la Palabra de Dios, es Jesús: nos da a conocer su preexistencia (1,1), es ella la que se hace hombre (1,14), es la Palabra del Padre (8,55).

<sup>11</sup> El enviado de Dios habla las palabras de Dios (3,34); las palabras de Jesús son la palabra del Padre (14,24); las palabras de Jesús no las dice por su cuenta, son del Padre (14,10).

<sup>12</sup> Las palabras que él recibió del Padre se las ha dado a los discípulos (17,8).

<sup>13</sup> Los discípulos creen en la Escritura y las palabras que había dicho Jesús (2,22); Pedro dice a Jesús: tú tienes palabras de vida eterna (6,68); dice a los judíos que habían creído en él, si permanecen en mi palabra, serán mis discípulos (8,31); el que es de Dios escucha las palabras de Dios (8,47); Jesús enseña que si se guarda su palabra no se probará nunca la muerte (8,51).

<sup>14</sup> La palabra del Padre no habita en quienes no creen que Jesús es el enviado (5,38); si (los judíos) no creen en los escritos de Moisés tampoco creen en las palabras de Jesús (5,47).

<sup>15</sup> Jesús pide a los que le van a arrestar que deje libres a los discípulos y así se cumple la palabra que había dicho (18,9); se cumple la palabra de Jesús que indicaba de qué muerte iba a morir (18,32).

<sup>16</sup> Por medio de la palabra de los discípulos los hombres creerán en Jesús y a su vez en el Padre (17,20).

La *Palabra* del Padre, que existía desde el principio, ha venido al mundo y ha puesto su morada entre los hombres; esa *Palabra* es Jesús, quien a su vez habla las *palabras* del Padre y se las comunica a los hombres; quienes la reciben se hacen sus discípulos y reciben el encargo de comunicarlas a toda la humanidad, para que todos conozcan al Padre y a su amado Hijo; sin embargo, esta *palabra* no habita en quienes rechazan a Jesús y no le aceptan como el enviado del Padre.

### 1.2.1 A Dios se le puede escuchar

En virtud de que Dios envía su Palabra y por medio de ella transmite sus palabras, a Dios se le puede escuchar.

La revelación bíblica es esencialmente Palabra de Dios al hombre, por ello la fe nace de la audición (Rm 10,17)<sup>17</sup>. Al partir de este principio se descubre que es esencial para la relación entre Dios y los hombres la capacidad que se tenga de escucharlo. Se crea entonces un doble movimiento, el hombre escucha a Dios<sup>18</sup> y este a su vez escucha al hombre<sup>19</sup>, aunque es importante anotar que no siempre el hombre ha estado dispuesto a escuchar a Dios y en esto consiste su drama<sup>20</sup>.

---

<sup>17</sup> Augrain, “Escuchar”, 289-290.

<sup>18</sup> ¡Escuchen! Grita el profeta con la autoridad de Dios (Am 3,1; Jr 7,2); ¡Escuchen! Dice el sabio en nombre de su experiencia y su conocimiento de la Ley (Pr 1,8). ¡Escucha Israel! Repite cada día el piadoso israelita para penetrarse de la voluntad de su Dios (Dt 6,4; Mc 12,29). ¡Escuchen! Repite a su vez Jesús mismo, palabra de Dios (Mc 4,3.9 par). Ahora bien, según el sentido hebraico de la palabra escuchar, acoger la palabra de Dios no es solo prestarle un oído atento, sino abrirle el corazón (Hch 16,14), ponerla en práctica (Mt 7,24ss.), es obedecer. Tal es la obediencia de la fe que requiere la predicación oída (Rm 1,5; 10,14ss.). En Augrain, “Escuchar”, 289-290.

<sup>19</sup> El hombre en su oración pide a Dios que le escuche, es decir, que acoja sus ruegos. Dios no escucha a los injustos ni a los pecadores (Is 1,15; Mi 3,4, Jn 9,31). Pero oye al pobre, a la viuda y al huérfano, a los humildes, a los cautivos (Ex 22,22-26; Sal 10,17; 102,21; St 5,4). Escucha a los justos, a los que son piadosos y hacen su voluntad (sal 34,16-18; Jn 9,31; 1P 3,12), a los que piden según su voluntad (1 Jn 5,14ss.). Lo que hace es que “siempre” escucha a su Hijo Jesús (Jn 11,41ss.), por quien pasa siempre la oración del cristiano. En Augrain, “Escuchar”, 289-290.

<sup>20</sup> El hombre se hace sordo a las llamadas de Dios: su oído y su corazón están incircuncisos (Jr 6,10; 9,25; Hch 7,51), tal es el pecado de los judíos con el que se encuentra

En el cuarto Evangelio, en relación con escuchar a Dios se puede ver que quien escucha al Padre es Jesús<sup>21</sup>, los hombres también pueden escuchar al Padre y a Jesús<sup>22</sup>, sin embargo, hay algunos que se niegan a escuchar a Jesús (los judíos)<sup>23</sup>.

Quien escucha a Dios por excelencia es Jesús, pues es quien escucha al Padre; gracias a la identificación de las palabras del Padre con las de Jesús, quien escucha a Jesús también escucha al Padre y quien tal hace procede de él. La escucha crea una nueva relación entre Jesús y los discípulos, pues les llama amigos y reciben la vida eterna del Padre.

### 1.3 DIOS COMUNICA SU *GLORIA* POR MEDIO DE SU HIJO

[En el Antiguo Testamento] hay dos elementos decisivos para entender la gloria de Dios: se trata de una manifestación *visible* de su majestad en *obras poderosas*. Dios es invisible, pero de tiempo en tiempo se manifiesta a los hombres a través de acciones llamativas, y en eso consiste su *kabod*, su gloria. A veces esa intervención tiene por escenario la naturaleza, por ejemplo el trueno. Otras veces se realiza en la historia.<sup>24</sup>

---

Jesús (Jn 8,43.47). Solo Dios puede abrir el oído de sus discípulos (Is 50,5; 1S 9,15; Jb 36,10), “profundizárselo” para que obedezca (Sal 40,7ss.); así en los tiempos mesiánicos oirán los sordos. Los milagros de Jesús significan que finalmente el pueblo sordo comprenderá la Palabra de Dios y obedecerá (Is 29,18; 35,5; 42,18s; 43,8, Mt 11,5). Es lo que la voz del cielo proclama a los discípulos: “Este es mi Hijo muy amado, escúchenlo” (Mt 15,5 p). La virgen María, habituada a guardar fielmente las Palabras de Dios en su corazón (Lc 2,19.51), fue glorificada por su Hijo Jesús cuando este reveló el sentido profundo de su maternidad: “Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la guarda” (Lc 11,28) (Augrain, “Escuchar”, 289-290).

<sup>21</sup> Juan (el Bautista) declara que Jesús es quien viene de arriba y puede dar testimonio de lo que ha visto y oído (3,32); Jesús solo juzga por lo que ha escuchado del Padre (5,30); y eso es lo que dice al mundo (8,26).

<sup>22</sup> Quien escucha las palabras de Jesús tiene vida eterna (5,24); quien escucha al Padre y aprende puede venir a él (6,45); el que es de Dios puede escuchar las palabras de Dios (8,47).

<sup>23</sup> Jesús dice a los judíos que ellos nunca han oído la voz del Padre (5,37); los judíos no entienden a Jesús porque no lo escuchan (8,42).

<sup>24</sup> Brown, *El Evangelio según Juan*, II, 1609.



La gloria de Dios va mostrándose casi simultáneamente en los dos escenarios y testimonios de estas manifestaciones se encuentran a lo largo de los libros del Antiguo Testamento<sup>25</sup>.

En el Nuevo Testamento, en ciertos lugares la gloria se refiere al honor humano (Mt 4,8; 6,29); sin embargo, su uso principal es la descripción de la revelación de la presencia de Dios en la persona y obra de Jesús, él es la manifestación de la gloria divina (Hb 1,3); los pastores vieron la gloria de Dios cuando nació Jesús (Lc 2,9.14); y sus discípulos pudieron verla durante su vida encarnada (Jn 1,14); de manera especial cuando se reveló en su transfiguración (Mt 17,1-8); así pues, Jesús ve y revela la gloria divina (Jn 1,14)<sup>26</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *gloria* se encuentra referida al Padre, a Jesús y a los hombres. La gloria es un atributo propio del Padre<sup>27</sup>, que da a su Hijo unigénito lleno de gracia y de verdad (1,14). En cuanto atributo de Jesús<sup>28</sup>, pues la ha recibido del Padre (no de los hombres y tampoco es una búsqueda propia), revela su gloria a través de los signos que realiza (como el convertir el agua

---

<sup>25</sup> En el Pentateuco: la gloria de Yahveh acompañó a su pueblo después de la liberación de Egipto y se mostraba en la nube que los dirigió en el desierto (Ex 16,7-10); la nube se detuvo en el monte Sinaí en el que Moisés vio su gloria (Ex 24,15-18). Nadie podía ver el rostro de Dios y quedar vivo (Ex 33,20) pero él permitió que se tuviese alguna visión de su Gloria (Ex 34, 5-8). La Gloria de Yahveh llenaba el Tabernáculo (Ex 40, 34-35); y aparecía especialmente a la hora del sacrificio (Lv 9,6.23). En los libros históricos: se dice que el Templo era el lugar en el que la Gloria de Yahveh se encontraba localizada de forma especial (2Cro 7,1-3). En los profetas: se tiene la concepción casi física de la Gloria de Yahveh como en las visiones de Ezequiel (1,28) y también en la visión de Isaías en el Templo (6,1-4). En los salmos: puede encontrarse la idea de la tormenta como visión más espiritual de la futura revelación del carácter de Dios al mundo (Sal 57,11; 96,3). Ver Nixon, “Gloria”, 547.

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> Los hombres contemplan la gloria de Dios en su Palabra hecha carne, pues el Padre es quien da su gloria al Hijo (1,14); los hombres deben buscar la gloria de Dios (5,44), si la buscan serán veraces (7,18); quien cree puede ver la gloria de Dios (11,44).

<sup>28</sup> Jesús manifiesta su gloria con el signo del agua convertida en vino (2,11); no recibe la gloria de los hombres (5,41); sino que es el Padre quien busca la gloria de Jesús (8,50); pues si Jesús buscara su propia gloria esta no valdría de nada (8,54). Jesús pide al Padre la gloria que tenía antes de que el mundo existiera (17,5); Jesús da la gloria que recibió del Padre a sus discípulos (17,22).

en vino), la comunica a sus discípulos (aunque los hombres la deben buscar, pero solo la encontrarán los que crean en él) y la pedirá al Padre para que sus discípulos puedan contemplar la gloria que él tenía antes de que el mundo existiera.

En el caso de los hombres<sup>29</sup>, su gloria o la que ellos buscan no vale para nada, pues los que la aceptan unos de otros, no pueden creer en Jesús. Es el caso de los magistrados judíos quienes prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.

#### 1.4 LA OBRA DE DIOS SE REALIZA A TRAVÉS DE SU HIJO

En el Antiguo Testamento, las *obras* de Dios se presentan como pruebas de su supremo poder, autoridad, sabiduría y benevolencia. Se define a Dios por su actividad, por ejemplo, Moisés adujo las obras de Dios como prueba de su diferenciación única frente a otros dioses (Dt 3,34), entre ellas se puede mencionar la liberación de Israel, los maravillosos episodios del desierto en que el pueblo “vive las obras” (Sal 95,9), el establecimiento en la tierra prometida (Dt 11,2-7; Jos 24,31), entre otras. En los Salmos también se mencionan las obras de Dios, se proclaman con frecuencia como proveedoras de confianza en su poder y autoridad, y de su derecho exclusivo a recibir adoración, dichas obras son: su actividad creadora (Sal 104,24) y sus actos soberanos en relación con el pueblo redimido (Sal 77,11-20) y con las naciones (Sal 46,8-10)<sup>30</sup>.

En el Nuevo Testamento la *obra* de Dios se descubre a través de Jesús, quien por medio de sus obras reveló que era tanto Mesías como Hijo de Dios. Aunque los sinópticos hablan solo raras veces de las obras de Jesús, sí se detienen a contar sus milagros y todos los actos que preparan el porvenir de su Iglesia<sup>31</sup>.

En las cartas deuteropaulinas y católicas la comprensión de las *obras* está referida de manera especial a los cristianos. Pablo declara

---

<sup>29</sup> Los hombres que aceptan la gloria unos de otros no pueden creer en Jesús (5,44); el que habla por su cuenta busca su propia gloria (7,18); los magistrados prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios (12,43).

<sup>30</sup> Conell, “Obra”, 969.

<sup>31</sup> Amiot y Léon- Dufour, “Obra”, 607.

repetidamente la necesidad de las obras, de un comportamiento apropiado a la nueva vida en Cristo después del ingreso a ella por la fe (Ef 2,8-10; 1Co 6,9-11; Gal 5,16-26); el hombre que no tiene fe demuestra por sus malas obras su separación de Dios (Col 1,21; Ef 5,11; 2P 2,8); las buenas obras constituyen pruebas de una fe viva como lo recalca Santiago, por oposición a los que afirman que son salvos por la sola fe sin obras (St 2,14-26)<sup>32</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *obra* tiene varios sentidos: es el proyecto de Dios para que realicen los hombres<sup>33</sup>; el encargo que deben hacer los discípulos<sup>34</sup>; son las que causan polémica entre Jesús y los judíos<sup>35</sup>; son las acciones buenas<sup>36</sup> o malas<sup>37</sup> de los hombres.

La obra que encomendó el Padre a Jesús para que la realizara fue la de manifestar su nombre a los hombres que él le había dado, tomándolos del mundo, para que supieran que procedía de él, les transmitiera su Palabra y ellos aceptándolas creyeran en él como su enviado (17,4-8). Esta *obra* del Padre es una labor para los hombres, creer que Jesús es su enviado, y quien crea podrá hacer las mismas *obras* que Jesús ha hecho y las hará aún mayores.

<sup>32</sup> Williamson, “Obra”, 969.

<sup>33</sup> Jesús afirma que su alimento es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra (4,34), pues el Padre le muestra todo lo que hace y le mostrará obras aún mayores (5,20); las obras que el Padre encomienda realizar a Jesús son las mismas que él realiza (5,36).

<sup>34</sup> Por su parte, los discípulos le preguntan a Jesús qué tienen que hacer para obrar las obras de Dios (6,28); y él les responde que la obra que Dios quiere de ellos es que crean en el que él ha enviado (6,29).

<sup>35</sup> Los judíos cuestionan a Jesús por las obras que puede hacer para que le crean (6,30), y se maravillan de la obra que él ha hecho (de curar a un parálítico en sábado) (7,21); ante su incredulidad, Jesús les pide que crean no por sus palabras sino por sus obras que son las que dan testimonio de él (10,25.38); además, les reprocha que sus obras no son las de Abrahán (8,39).

<sup>36</sup> Cuando las obras de los hombres son buenas, el que obra la verdad verá la luz pues sus obras son hechas según Dios (3,21); y quien cumpla con la obra del Padre y crea en Jesús también podrá hacer las obras que hace Jesús y las hará aún mayores (14,12).

<sup>37</sup> Cuando las obras del hombre son malas rechazan a Jesús, pues la Luz vino al mundo pero los hombres no la recibieron porque sus obras eran malas (3,19.20); por ello a Jesús le aborrecen pues da testimonio de que sus obras son perversas (7,7).

## 1.5 DIOS PROPONE AL SER HUMANO UNA ENSEÑANZA QUE A SU VEZ ES TRANSMITIDA POR SU HIJO

En el Antiguo Testamento se realiza la función de enseñar de diversas maneras según la calidad de los que la desempeñan, pero a través de ella es Dios quien enseña a su pueblo. Los que enseñan en el pueblo de Israel son los padres de familia, los sacerdotes, los profetas y los sabios. El padre de familia cuando transmite el legado religioso del pasado a sus hijos, por ejemplo, los mandamientos (Dt 6,7; 11,19); o la celebración de la pascua y el rito de los panes ácidos (Ex 12, 26; 13,8). Los sacerdotes encargados por deber profesional del culto y de la Ley desempeñan una función magisterial. En el Sinaí Moisés recibió la Ley con la misión de darla a conocer al pueblo, así vino a ser el primer maestro en Israel (Ex 24,3-12). Esta Ley, tienen que enseñarla e interpretarla los Levitas para que pueda penetrar en la vida (Dt 17,10; 33,10). Los profetas tienen una misión diferente. La palabra de Dios que transmiten no está tomada de la tradición sino que la reciben directamente de Dios, por ello al proclamarla amenazan, invitan, prometen o consuelan (Os 4,1s y el Decálogo). Los sabios son esencialmente docentes (Ecl 12,9) y cumplen con sus discípulos la misma función educativa de todo padre con sus hijos (Ecl 30,3; Pro 3,21)<sup>38</sup>.

En el Nuevo Testamento<sup>39</sup>, los sinópticos muestran que Jesús enseñaba en público y además en las sinagogas (Mt 9,35; 13,54; Mc 1,21), en el templo (Mc 12,35; Lc 21,37; Mt 26,55 par), o también al aire libre (Mt 5,2; Mc 6,34; Lc 5,3). Acerca de la forma externa de enseñar, hizo la lectura de pie de un trozo de los profetas (Lc 4,16); además, interpretó un texto estando sentado como corresponde a la costumbre especial de los rabinos (ver Lc 5,3; Mc 9,35; Mt 5,2).

---

<sup>38</sup> Barucq y Grelot, "Enseñar", 279.

<sup>39</sup> En el Nuevo Testamento, el verbo *didásko* aparece unas cien veces en los sinópticos, nueve veces en los Hch y nueve veces en Jn. Los demás casos en los que aparece se reparten entre las cartas paulinas cinco veces, las deuteropaulinas cinco veces, las cartas pastorales cinco veces, en Hb dos veces, las cartas de Juan tres veces, y en el Apocalipsis, dos veces. El significado es en casi todos los casos enseñar o instruir. Acerca del sentido que tal enseñanza tiene, solo se puede responder según el caso en el que aparece. Wegenast, "Reino", II, 80.

Respecto del contenido a que se refiere la palabra *didasko*, en los sinópticos hay dos sentidos; en primer lugar, designa de forma sintética todo el mensaje de Jesús (Mc 2,13; Lc 4,15; Mt 4,23) y en segundo lugar designa la predicación concreta y la enseñanza en situaciones totalmente puntuales (Mc 1,21; Mt 5,2; Lc 5,3)<sup>40</sup>.

En el cuarto Evangelio es común encontrar a Jesús *enseñando* en varios lugares; lo hace en el Templo de Jerusalén (7,14.28, 8,2.20) y también en Cafarnaúm (6,59); además, durante su proceso de condenación a muerte Jesús es interrogado por el Sumo Sacerdote acerca de su enseñanza y sus discípulos (18,19-20). Con relación al contenido de sus enseñanzas, Jesús es claro en afirmar que ellas no son de él sino del Padre que le ha enviado (7,16) e invita a los hombres a cumplir su voluntad, para que haciéndola se den cuenta de que *su enseñanza*, no es de él sino de Dios (7,17); respecto de su origen declara que solo transmite lo que le ha enseñado el Padre (8,28) y dice a sus discípulos que el Espíritu Santo vendrá, les enseñará y les recordará todo lo que él les ha dicho (14,26), se puede comprender aquí que Jesús comparte su labor de enseñar con el Espíritu Santo.

## 1.6 LOS ÁNGELES DE DIOS SUBEN Y BAJAN SOBRE EL HIJO DEL HOMBRE

En el Antiguo Testamento se usa la palabra ángel para referir mensajeros tanto humanos como celestiales<sup>41</sup>. Suele ir acompañada de Yahveh para denotar un ser angélico especial<sup>42</sup>. Pero es en Daniel

---

<sup>40</sup> Wegenast, “Enseñanza”, II, 80.

<sup>41</sup> Pueden aparecérselos a los hombres como portadores de mandamientos y noticias específicas de parte de Dios (Jue 6,11-23; 13,3-5). En casos especiales pueden socorrer a los siervos mortales de Dios que padecen necesidad (1 R 19,5.7). Pueden encargarse de misiones de ayuda militar (2 R 19,35). Los hombres de Sodoma o cualquier otro que obre mal pueden ser castigados por ellos (Gn 19, 1s). Hemer, “Ángeles”, 57.

<sup>42</sup> El cual tiene un encargo especial de ayudar y guiar a Israel o a los israelitas individualmente (Ex 14,19; Nm 22,22). Es un instrumento de Alianza y personificación del auxilio divino, que solo en circunstancias excepcionales se vuelve contra Israel (2S 24,17). En Job los ángeles que no son totalmente puros (4,17-18), presencian la creación (38,7), y ayudan en tiempos de necesidad (5,1). Von Rad, “Ángeles”, 20.

(el apocalipsis judaico más antiguo) donde la angelología alcanza su mayor desarrollo<sup>43</sup>.

En el Nuevo Testamento, los ángeles son principalmente los mensajeros divinos y representantes celestiales (Hb 12,22; Hch 6,15; Ga 4,14)<sup>44</sup>. Respecto a Jesús, en cuanto él es Dios, los ángeles están presentes en momentos específicos de su vida y su ministerio<sup>45</sup>. Asumen un papel dinámico en todos los procesos de la historia de la salvación (Lc 15,10)<sup>46</sup>. Y en el Apocalipsis figuran principalmente en los acontecimientos del fin del mundo.

En el cuarto Evangelio, los ángeles aparecen mencionados solo en cuatro ocasiones, dos en plural<sup>47</sup> y dos en singular<sup>48</sup>. La mención

<sup>43</sup> Aquí los ángeles reciben nombres propios y adquieren una especie de personalidad. Gabriel le explica muchas cosas a Daniel, en forma muy semejante al visitante divino de Zacarías, así en Ezequiel y Daniel son intérpretes, fluidos portavoces de Dios, a quienes también se les puede interrogar (Ez 40,3ss.); por su parte, Miguel tiene una función especial como ángel guardián de Israel (Dn 10,13.21; 12,1). Además, se encuentra una visión pasajera de los lugares celestiales donde hay incontables legiones de ángeles alrededor del trono de Dios (Dn 7,10; Ne 9,6; Dt 33,2; Sal 68,17). En Hemer, "Ángeles", 58.

<sup>44</sup> Como tales, los ángeles se les aparecieron a Abrahán (Hb 12,2) y a Moisés (Hch 12,30) y fueron mediadores de la ley (Hch 7,53). En Von Rad, "Ángeles", 21.

<sup>45</sup> Su nacimiento, su tentación, su pasión y su resurrección (Lc 2,9ss.; Mr 1,13; Lc 22,43; Mt 28,2). Sin embargo, los ángeles no tienen una función independiente ni suscitan interés por sí mismos. En Von Rad, "Ángeles", 21.

<sup>46</sup> En Hch se encuentra al Ángel del Señor acompañando la Iglesia de Dios en su misión y actuando en favor de los apóstoles (5,19, 12,7ss.); les muestran la voluntad de Dios (8,23; 10,3); y son los que castigan a sus enemigos (12,23). En Von Rad, "Ángeles", 21.

<sup>47</sup> Primero en boca de Jesús cuando dice a Natanael que verá los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre (1,51) y segundo en el momento en que María Magdalena se inclina hacia el sepulcro y ve dos ángeles vestidos de blanco sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies (20,12).

<sup>48</sup> La primera cuando se dice que el ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina de Betesda y agitaba el agua, y el que primero se metiera a la piscina quedaba curado de cualquier enfermedad (5,4); la segunda cuando ante un ruido extraño que se ha oído mientras Jesús estaba orando (hablaba de la proximidad de su muerte), y la gente que lo oyó decía que había sido un trueno y otros dijeron que un Ángel le ha hablado (12,29).

de los ángeles de Dios, que suben y bajan sobre el Hijo del Hombre, está en medio de una referencia al Antiguo Testamento, “los cielos abiertos y los ángeles de Dios subiendo y bajando”; expresión que al parecer remite a la escalera de Jacob en Gn 28, 12. 16-17<sup>49</sup>; algunos estudiosos del cuarto Evangelio también ven otras posibilidades<sup>50</sup>. En lo que coinciden todos es en que Jesús, como Hijo del Hombre, ha pasado a ser el lugar en que reside la gloria divina: el punto de contacto entre el cielo y la tierra, y se está prometiendo a los discípulos que verán esa gloria<sup>51</sup>.

### 1.7 EL REINO DE DIOS SE PUEDE VER Y EN ÉL SE PUEDE ENTRAR

En el Antiguo Testamento, la idea de Yahveh-rey no aparece en los inicios. El Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, no tiene rasgos reales. Aparece solo después de la instalación del pueblo de Israel en Canaán, Yahveh reina sobre Israel (Jc 8,23, 1S 8,7). El *reinado* de Yahveh se manifiesta especialmente en Israel su reino. Allí reside el gran rey en medio de los suyos, en Jerusalén (Sal 48,3, Jr 8,19); desde allí les bendice (Sal 134,3), los guía, los protege, los reúne, como hace un pastor con su rebaño (Sal 80; ver Ez 34). Así, la doctrina de la Alianza halla una traducción excelente con la realeza divina, a la que da un contenido completamente nuevo. En efecto, el rey Yahveh de los ejércitos (Is 6,5) reina sobre el mundo porque rige su curso y sobre los acontecimientos porque los conduce y ejerce en ellos el juicio, quiere que en su pueblo sea reconocido su reinado en forma efectiva por la observancia de su Ley. Esta exigencia da al

---

<sup>49</sup> “Entonces tuvo un sueño: veía una escalinata que, apoyándose en la tierra, tocaba con su vértice el cielo. Por ella subían y bajaban los ángeles del Señor (...). Al despertar Jacob de su sueño, dijo: ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y todo tembloroso añadió: ¡que terrible es este lugar! ¡Nada menos que la casa de Dios y la puerta del cielo!” (Gn 28,12.16-17).

<sup>50</sup> Otra posibilidad es que se refiera al Midrahs Rabbah 69,3 sobre Gn 28,13; o los Targums (Onkelos y Jerusalén); o el lugar en que tuvo Jacob su visión, Betel, la “casa de Dios”. En Brown, *El Evangelio según Juan*, I, 310.

<sup>51</sup> *Ibid.*

reinado un carácter moral, no político, que descuella sobre todas las representaciones de la realeza divina en la Antigüedad<sup>52</sup>.

En el Nuevo Testamento, el *Reino* de Dios o Reino de los Cielos es el tema central de la predicación de Jesús (según los evangelios sinópticos). Jesús anuncia el Reino de Dios en los pueblos de Galilea (Mt 4,23 y 9,35) como la buena nueva. Los milagros que acompañan a la predicación son signos de la presencia del Reino y hacen entrever su significado. Con su venida llega a su fin el dominio de Satán, del pecado y de la muerte sobre los hombres (Mt 12,28); de ahí se sigue que es necesaria una decisión, hay que convertirse, abrazar las exigencias del Reino para convertirse en discípulo de Jesús. Los apóstoles en vida de su maestro, reciben la misión de proclamar este evangelio del Reino (Mt 10,7). En consecuencia, después de Pentecostés es el Reino el tema central de la predicación evangélica, incluso en Pablo (Hch 19,8; 20,25; 28,23-31). Si los fieles se convierten, sufren mil tribulaciones para entrar en el Reino de Dios (Hch 14,22); pues Dios los llama a su Reino y a su gloria (1Ts 2,12). Solo que ahora ya el nombre de Jesucristo se añade al Reino de Dios para constituir el objeto completo del evangelio (Hch 8,12); hay que creer en Jesús para tener acceso al Reino<sup>53</sup>.

En el cuarto Evangelio, Jesús habla del *Reino* de Dios, el cual se puede ver (3,3) y en el que se puede entrar (3,5); para acercarse al significado de Reino es necesario detenerse en el contexto. La expresión Reino de Dios aparece en el diálogo de Jesús con Nicodemo, en el que se habla del nuevo nacimiento, este es del agua y del Espíritu; quien nace de esta manera puede ver, pero aquí este ver se refiere a creer en Jesús<sup>54</sup> y si tal hace puede ser parte de este Reino;

---

<sup>52</sup> León-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, 763.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, 765.

<sup>54</sup> Respecto del verbo ver, en el cuarto Evangelio esta acción se explicita mediante el uso de cuatro verbos en griego, *blépo*, *theoréo*, *theáomai* y *horáo*, lo cual ha sugerido a algunos de los especialistas en Juan que se trata de diversas maneras de ver que van desde lo físico propiamente dicho hasta lo intuitivo que implicaría creer. En este caso, *ver* el reino, el verbo usado es *horáo*, que sugiere que la visión va acompañada de un conocimiento genuino, se sugiere traducirlo por “percibir” en la medida en que implica un conocimiento intuitivo; es sinónimo de la fe o el creer en el cuarto Evangelio; de



sin embargo, esta realidad no es solo una empresa humana, pues para entrar es necesario el concurso divino, el Espíritu Santo que es quien da el nuevo nacimiento<sup>55</sup> y así se entra en el Reino de Dios.

También el Reino de Dios se refiere a una comunidad de creyentes, a un grupo de cristianos que profesan e intentan vivir la comprensión joánica de Jesús. Los lectores originales de este evangelio eran consientes de que se había producido un paso de una situación anterior de estilo de vida y de fe, en torno al templo o a la sinagoga; a una comunidad vinculada por la fe y la praxis cristiana<sup>56</sup>.

En el cuarto Evangelio Jesús se muestra como el rey, condición que acepta frente a Pilato cuando este le pregunta si él es el rey de los judíos; Jesús le contesta que su Reino no es de este mundo (de aquí) y declara solemnemente “soy rey<sup>57</sup>, para esto he nacido y para esto he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz” (18,37). Para entender esta manera de presentarse como rey por parte de Jesús es necesario ver lo que dice él mismo a Nicodemo, “del mismo modo como Moisés elevó a la serpiente en el desierto, así tendrá que ser elevado el Hijo del hombre para que todo el que crea tenga por él vida eterna” (3,14-15). Así pues, Jesús se hace rey cuando es levantado en la cruz, queda así para siempre en la posición de rey de la nueva comunidad<sup>58</sup>.

---

hecho, este mismo verbo es el que aparece en el texto de la resurrección de Jesús (20,8.25). En Brown, *El Evangelio según Juan*, 1607-1608.

<sup>55</sup> Respecto al verbo entrar, se plantea en el relato que para entrar en el Reino de Dios se requiere una experiencia humana, “de agua” y una experiencia espiritual “del espíritu”. Para la visión y la entrada en el Reino es esencial un don que procede “de lo alto”. Por tanto, creer en Jesús no es el resultado de una respuesta humana, es el nacimiento a una nueva situación, en la que los creyentes lleguen a ser hijos de Dios como consecuencia de la iniciativa divina. En Mateos y Barreto, *El Evangelio de Juan*, 193.

<sup>56</sup> Moloney, *El Evangelio de Juan*, 115.

<sup>57</sup> “Él se confiesa rey solo cuando su situación excluye toda semejanza con la realeza de este mundo (18,36); al aceptar la muerte confirma su rechazo de todo poder dominador, y hace presente la potencia del amor de Dios que vence la muerte, dando la propia vida”. En Mateos y Barreto, *El Evangelio de Juan*, 194.

<sup>58</sup> *Ibid.*

Ver y entrar en el Reino de Dios es esencialmente creer en Jesús, lo que implica un nacer de nuevo del agua y del Espíritu, ser engendrado por el Padre celestial. El Reino es la realidad del hombre que habiendo nacido de nuevo, acepta a Jesús como su rey.

## 1.8 EL AMOR DE DIOS PUEDE ESTAR EN EL SER HUMANO

En el Antiguo Testamento el *amor* de Dios para con los hombres es principalmente hacia un grupo (Yahveh amó a tus padres, Dt 4,37; yo amo a los que me aman, Pr 8,17; Yahveh ama a Israel, Is 43,4). Solamente en tres pasajes dice con toda claridad que Dios *ama* a una persona determinada y en cada caso se trata de reyes (2S 12,24; Ne 13,26; Is 48,14); esta relación especial se debe a que se considera al rey de Israel en cierto sentido como hijo de Dios (2S 7,14; Sal 2,7). También se muestra en el amor de Dios a los hombres un carácter selectivo, pues la relación del pacto entre Israel y Dios se basa en el amor de este que fue primero, a diferencia de los dioses de otras naciones, que les pertenecen por razones geográficas y naturales, Yahveh tomó la iniciativa y eligió a Israel porque lo ama (Dt 4,37; Is 43,4); este amor es espontáneo y no responde a ningún otro tipo de interés (Dt 7,7)<sup>59</sup>.

En el Nuevo Testamento el *amor* de Dios está referido a Jesús y a los hombres. Cuando refiere a Jesús, se dice que la relación entre el Padre y el Hijo es de amor (Jn 3,35; 15,9; Col 1,13). Como este amor es históricamente anterior a la creación (Jn 17,24), se entiende que los hombres lo han conocido, solamente en cuanto ha sido revelado por Jesús y manifestado en la redención del hombre (Rm 5,8); así Jesús es el amor encarnado, es la revelación de Dios mismo. Cuando refiere a los hombres es Jesús quien muestra el amor de Dios por la humanidad a través de los innumerables actos de compasión que realiza en favor de ellos (Mc 1, 41; Lc 7,13); también muestra el amor de Dios hacia los hombres por medio de las enseñanzas acerca de la aceptación del pecador por parte de Dios

---

<sup>59</sup> Günther, "Amor-amado", 48.

(Lc 15,11ss.) y por el dolor que él siente ante la desobediencia humana (Mt 23,37, Lc 19,41)<sup>60</sup>.

Además, Dios llama a los hombres a amarse entre sí, como él los ha amado, por ello Jesús insiste en el mandamiento de amar a los semejantes (Lc 10,29); pide amar al prójimo, pero no solo a los amigos sino también a los enemigos y a los que les persiguen (Mt 5,44; Lc 6,27). Este amor debe manifestarse en forma de ayuda práctica a quienes la necesitan (Lc 10,33). El cristiano ama a su hermano a fin de imitar el amor de Dios (Ef 5,2; 1Jn 4,11), porque ve en él alguien por quien Cristo murió (Rm 14,15; 1Co 8,11), porque ve en él a Cristo mismo (Mt 25,40), es la señal por excelencia que tiene el mundo exterior de la realidad del discipulado cristiano (Jn 13,35)<sup>61</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *amor* aparece numerosas veces a lo largo del relato evangélico permitiendo reconocer cuatro tipos de relaciones: la relación de amor entre el Padre y Jesús<sup>62</sup>; el amor del Padre y el Hijo hacia los discípulos<sup>63</sup> (aunque también exis-

<sup>60</sup> *Ibid.*, 49.

<sup>61</sup> *Ibid.*, 50.

<sup>62</sup> El Padre ama a su Hijo (3,35); porque el Hijo da la vida, para recobrarla de nuevo (10,17); Jesús declara ante el mundo que ama al Padre y que obra según él le ha ordenado (14,31); como el Padre ama al Hijo, así el Hijo ama a sus discípulos (15,9); el Padre ha amado al Hijo desde antes de la creación del mundo (17,24).

<sup>63</sup> Tanto amó Dios al mundo que dio a su único Hijo para que todo el que crea en él tenga la vida eterna (3,16); amó a los suyos (los discípulos) que estaban en el mundo, hasta el extremo (13,1); pide al Padre que los discípulos sean uno como él y el Padre son uno, así el mundo reconocerá que el Padre ama a los discípulos de su Hijo como lo ama a él (17,23); les ha dado a conocer el nombre del Padre para que el mismo amor con que el Padre le ha amado, esté en ellos y él esté también en ellos (17,26).

<sup>64</sup> Jesús amaba a Lázaro y a su hermana Marta (11,5); existe un discípulo al que se le llama “el amado”, quien aparece por primera vez junto a Jesús en la cena de despedida (13,23); luego se le encuentra a los pies de la cruz, junto a María la madre de Jesús (19,26); después de la resurrección este es quien primero reconoce a Jesús junto al lago de Tiberiades (21,7); finalmente, lo encontramos caminando tras Jesús resucitado (21,20). Jesús resucitado interroga a Pedro, le pregunta dos veces si le ama y tras la primera respuesta le encomienda apacentar sus corderos (21,15), y después de preguntarle por segunda vez le pide que pastoree sus ovejitas (21,16).

ten unas relaciones particulares entre Jesús y sus discípulos)<sup>64</sup>; el amor de los discípulos hacia el Padre y el Hijo<sup>65</sup> y el amor entre los discípulos<sup>66</sup>.

El *amor* es la esencia de la relación entre el Padre y el Hijo, es lo que comunica el Padre a los hombres a través de su Hijo (pues tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único Hijo). Como el Padre ama a su Hijo, así el Hijo ama a sus discípulos, a su vez los discípulos aman a Jesús guardando su Palabra y cumpliendo sus mandamientos; de esta manera, Jesús y el Padre habitan en ellos y los discípulos habitan en el Padre y el Hijo. En el amor, Dios y los discípulos se hacen uno, a semejanza de la unión entre el Padre y el Hijo quienes son uno. Finalmente, el amor entre Dios y los hombres se evidencia en el amor de los discípulos entre sí, estos han de amarse unos a otros con el mismo amor con el que han sido amados por

---

<sup>65</sup> El que tiene los mandamientos y los cumple ama a Jesús, él le ama y se manifestará a quien los cumple (14,21); quien ama a Jesús cumple su Palabra, el Padre le amará y los dos vendrán y harán morada en él (14,23); solo si los discípulos aman a Jesús se alegrarán de que él se vaya (14,28). Jesús reprocha a los hombres que prefirieron las tinieblas a la Luz, puesto que sus obras eran malas (3,19); reclama a los judíos su falta de amor al Padre y a él diciendo: no tienen en ustedes el amor de Dios (5,42); les dice, si Dios fuera su Padre, me amarían a mí (8,42); reprocha a los magistrados que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (12,43); enseña que quien no le ama no guarda su Palabra (14,24).

<sup>66</sup> Jesús enseña a sus discípulos que quien ama la vida, la pierde, pero el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna (12,25); pide a sus discípulos que se amen unos a otros de la misma manera que él los ha amado (13,34); esta es la característica propia de los discípulos, el amor entre ellos (13,35); les pide permanecer en su amor, guardando sus mandamientos (14,15), de la misma manera que él guarda los del Padre y permanece en su amor (15,10); se los da como un mandamiento (15,12); dice que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos (15,13); el mundo no ama a los discípulos, los odia de la misma manera que odia a Jesús, pues él los ha sacado del mundo al haberlos elegido (15,19).

Dios.

## 1.9 LA IRA DE DIOS RECAE SOBRE LOS QUE SE RESISTEN A CREER EN SU HIJO

En el Antiguo Testamento, la actitud de Dios santo y justo cuando se enfrenta al pecado y al mal se denomina su *ira*<sup>67</sup>. La injusticia y la impiedad de los hombres, por las que no tienen excusa, tienen que producir manifestaciones de la ira divina tanto en la vida de los individuos como en la de las naciones (Rm 1,18-32), de ello dan cuenta muchos pasajes la historia de Israel<sup>68</sup>.

En el Nuevo Testamento, el amor de Dios hacia los pecadores, expresado en la vida y en la muerte de Jesús, constituye el tema dominante y este amor se manifiesta en que Jesús experimentó por cuenta del hombre y en su lugar la miseria, las aficciones, el castigo y la muerte que corresponderían a los hombres pecadores que serían sometidos a la ira de Dios. En consecuencia, se puede describir a Jesús como el que “nos libra de la ira venidera” (1Ts 1,10); Pablo dice, “pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira” (Rm 5,9). Por otra parte, la ira de Dios pende sobre todos los que, procurando frustrar el propósito redentor de Dios, son desobedientes al Hijo de Dios, por medio del cual únicamente se hace posible la justificación.<sup>69</sup>

En el cuarto Evangelio, la *ira* de Dios se muestra en el contexto de la opción de los hombres por creer o no creer que Jesús es el Hijo

<sup>67</sup> “Es una cualidad personal sin la cual Dios dejará de ser plenamente justo, y su amor degeneraría en sentimentalismo. Sin embargo, aún cuando su ira igual que su amor, tiene que ser descrita en lenguaje humano, no es caprichosa ni antojadiza, como lo es siempre el enojo humano. Es un elemento tan permanente y tan consecuente de su naturaleza como lo es su amor”. En Tasker, “Ira”, 634-635.

<sup>68</sup> Entre ellos está la destrucción de Sodoma y Gomorra y la caída de Nínive (Dt 29,23; Na 1,2-6). Pero hasta el “día de la ira”, que se anticipa en toda la Biblia y se pinta gráficamente en el Apocalipsis, la ira de Dios está siempre atemperada por la misericordia, particularmente en lo que hace a su trato con el pueblo elegido (Os 11,8ss.); sin embargo, si el pecador se aprovecha de esta misericordia amontona ira sobre sí mismo “para el día de la ira”, cuando se revelará el justo juicio de Dios (Rm 2,5). En Tasker, “Ira”, 634-635.

<sup>69</sup> Ibid.

de Dios, pues quien cree tiene vida eterna pero quien se resiste, no verá la vida sino que la ira de Dios permanece sobre él (3,36). Llama la atención que solo se menciona una vez en todo el evangelio y que es dicha por Juan (Bautista). Para explicitar el sentido de la ira de Dios, en cuanto no está definida en sí misma, es necesario hacer referencia a la posibilidad contraria, a la ira, que es recibir de Dios la *vida eterna*. A partir de lo anterior, aparece como relevante la relación creer-vida eterna; resistirse a creer-*ira* de Dios.

Al acercarse a la expresión “creer<sup>70</sup> en” esta significa la fe en una persona y tiene la misma exigencia creer en Jesús, que creer en Dios (Jn 15,1). En este evangelio la fe<sup>71</sup> o creer es un concepto de naturaleza dinámica, puede definirse en términos de una entrega activa a una persona y en particular a Jesús. Implica mucho más que la confianza en él; es una aceptación de lo que él es y de cuanto afirma ser. Es una entrega de la propia vida a Jesús<sup>72</sup>.

Para Juan el significado de vida eterna<sup>73</sup> es ante todo la vida misma de Dios, que el Hijo de Dios posee también porque la ha recibido del Padre (5,26; 6,57). Por lo que a los hombres se refiere, Jesús es vida (Jn 11,25; 14,6; Ap 1,18); sin embargo, ellos solo la pueden recibir de Dios si creen en él (Jn 3,16; 5,24; 20,31)<sup>74</sup>.

Cuando aparece la expresión *no creer*, es decir, el rechazo de los hombres a Jesús, se encuentra una relación directa con las palabras juicio y juzgar<sup>75</sup>; quien se niega a creer, en realidad está re-

<sup>70</sup> Respecto del verbo creer: aparece 85 veces a lo largo de todo el Evangelio, de ellas está unido con la preposición *en* es decir, *creer en* 35 veces (refiere al Padre una vez; refiere a Jesús 31 veces y al nombre de Jesús tres veces).

<sup>71</sup> Para Juan, ser discípulo y ser creyente son sinónimos pues la fe es el factor primario para hacerse cristiano. Juan no concibe la fe como una disposición interior, sino como un compromiso activo. En Brown, *El Evangelio según Juan*, 1624.

<sup>72</sup> *Ibid.*, 1625.

<sup>73</sup> La expresión vida eterna aparece 17 veces en el Evangelio, de ellas, están directamente relacionadas con creer seis veces (3,15.16.36; 5,24; 6,40.47).

<sup>74</sup> Brown, *El Evangelio según Juan*, II, 1615.

<sup>75</sup> El que no cree ya está juzgado porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios (2,17); y el juicio está en que la luz vino pero los hombres la rechazaron porque sus obras eran malas (3,19); quien rechaza a Jesús será juzgado en el último día por la Palabra que él ha hablado (12,48).

chazando a Jesús y al Padre, su Palabra y la vida eterna que vienen a comunicarnos. Por tanto, la ira de Dios que permanece sobre aquel que no cree en el Hijo de Dios, consiste en que ya ha sido juzgado por la Palabra de Jesús que ha venido a comunicar la vida eterna del Padre, pues aquellos que no creen, no la pueden recibir.

## 2. LA EXPRESIÓN *DE DIOS* CUANDO SE REFIERE A JESÚS

### 2.1 JESÚS ES EL *HIJO* DE DIOS

En el Antiguo Testamento, la primera referencia a la expresión *hijo* de Dios se encuentra en la época de la monarquía de Israel, pues al rey se le llama hijo de Dios, no en sentido físico, sino que Dios va a desempeñar el papel de Padre de la dinastía davídica (2S 7,14-15). Al rey davídico le dará tanto legitimidad como participación en su gobierno real. El rey de Judá tiene el privilegio de un primogénito (Sal 89), no es que se reclame para sí la condición divina, sino que se usa la legitimación divina como fundamento para buscar ayuda. El gobernante no es hijo divino por naturaleza ni entra en el ámbito divino mediante la entronización. Se le reconoce como hijo por resolución divina y por eso comparte la autoridad y la herencia divinas<sup>76</sup>.

La segunda referencia que se encuentra es llamar a Israel el “hijo de Dios” su primogénito (Ex 4,22), su hijo querido (Jr 31,20), su favorito (3,19). Los miembros del pueblo son hijos de Dios (Dt 14,1), dados a la luz por la esposa que es Israel (Os 2,4) o Jerusalén (Ez 16,20). Por eso se puede llamar a Dios “nuestro padre” (Is 63,16; 64,8; Ml 2,10). Israel o los israelitas son por igual el hijo o los hijos de Dios<sup>77</sup>.

En el Nuevo Testamento, la expresión *Hijo* de Dios se aplica de manera propia a Jesús y en cada uno de los evangelios presenta un matiz característico<sup>78</sup>. En Marcos, el título de Hijo de Dios presenta

---

<sup>76</sup> Fohrer, “Hijo”, 1192.

<sup>77</sup> *Ibid.*, 1193.

<sup>78</sup> *Ibid.*, 1196.

la dimensión divina de la obra de Jesús<sup>79</sup>. En Mateo, Jesús es el Hijo en cuanto que cumple el destino de Israel (2,15)<sup>80</sup>. Lucas recoge la tradición de un Hijo de Dios davídico (1,32-33)<sup>81</sup>. En Pablo, él toma el concepto de Hijo de Dios desde la perspectiva del Hijo del Hombre (1Ts 1,10)<sup>82</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra hijo *uiós* tiene una particular importancia, en la medida en que es la que refiere de manera característica a Jesús<sup>83</sup> (se aplica a personas distintas de Jesús en pocas ocasiones)<sup>84</sup>. Cuando se refiere a Jesús, se destaca que su condición

<sup>79</sup> Los demonios lo reconocen como Hijo (1,24); Dios manifiesta a los tres discípulos su filiación (9,7); Jesús vincula la filiación con la pasión (12,1ss.); la relaciona con la exaltación venidera (14,61) y el centurión la confiesa (15,39); así Marcos encuentra en el título Hijo de Dios el misterio de Jesús. En Schweizer, "Hijo", 1196.

<sup>80</sup> La filiación divina se halla oculta bajo su sufrimiento como el justo (3,15.17; 21,39; 27,40). El discipulado conduce a la confesión de Jesús como Hijo de Dios (14,33; 16,16). En 11,27 se presenta al Hijo como el revelador de todos los misterios y finalmente en 28,19 se asocia al Padre al Hijo y al Espíritu Santo. En Schweizer, "Hijo", 1196.

<sup>81</sup> La concepción por obra del Espíritu subyace a la descripción de Jesús como Hijo de Dios (1,35). Su elección se remonta a su nacimiento y su preexistencia (si bien no hay ningún interés biológico y metafísico). Destaca que el nacimiento de Jesús se basa en el acto de Dios y así atestigua su singular elección y filiación. El título Hijo de Dios se explica con el término Cristo (4,41); conecta la filiación divina con su sentarse a la derecha de Dios (22,69-70). En Schweizer, "Hijo".

<sup>82</sup> Al Padre se le han de someter todas las cosas, luego de ello, también el Hijo se le someterá en virtud de que es él quien ha hecho posible el sometimiento de todo al Padre (1Co 15,28; Fil 2,11). Dios padre envió a su Hijo, para rescatar a los hombres que estaban sometidos a la Ley y darles la condición de ser también hijos (Ga 4,4-5). Enfatiza la destrucción del pecado en la carne de Jesús, para que los hombres siguieran una conducta no según la carne sino según el espíritu (Rm 8,3-4). En Schweizer, "Hijo".

<sup>83</sup> Aparece un total de 52 veces a lo largo del Evangelio, de ellas 40 veces se refiere a Jesús, las cuales se pueden matizar de la siguiente manera: menciona a Jesús como Hijo diecisiete veces (3,17.35.36; 5,19.20.21.22.23.26; 6,40; 8,36; 14,13; 17,1). Lo menciona como Hijo de Dios nueve veces (1,34.49; 3,18; 5,25; 10,36; 11,4.27; 19,7; 20,31). Le llama Hijo único una vez (3,16). Aparece como Hijo de José una vez (6,42). Le denomina Hijo del Hombre trece veces (1,51; 3,13.14; 5,27; 6,27.53.62; 8,28; 9,35; 12,23.34; 13,31).

<sup>84</sup> Simón hijo de Juan (1,42); la heredad que Jacob le dejó a su hijo (4,5); el hijo enfermo del funcionario real (4,46.47.50.53); hijo (en sentido genérico aplicado a los



filial es una clara conciencia suya<sup>85</sup>; es un reconocimiento de los discípulos<sup>86</sup>; es el principal motivo de rechazo a él por parte de los judíos<sup>87</sup>; y es la razón de ser del relato evangélico<sup>88</sup>.

La característica por excelencia de Jesús es su ser Hijo de Dios, esta realidad se presenta a lo largo del evangelio como un proceso de desvelamiento por parte de él; al que corresponde un proceso de fe por parte de los discípulos, quienes van asimilando su filiación divina, van comprendiendo su completa dependencia del Padre y van descubriendo la posibilidad de hacerse uno con él. Es el mensaje central de todo el evangelio y ha sido dado a los hombres de todos los tiempos para que tengan vida en su nombre. Al mismo tiempo, la autoproclamación de Jesús como el Hijo de Dios es la causa de condenación por la que las autoridades judías quieren matarlo.

## 2.2 JESÚS ES QUIEN HA *VENIDO Y SALIDO* DE DIOS

El verbo *venir* en el contexto del Antiguo Testamento hace referencia a las siguientes situaciones: se va a ofrecer el sacrificio (1S 16,25); se va al santuario para rezar<sup>89</sup>, alabar y bendecir a Dios (Lv 12,4; 1R 8,42; Sal 100,24), a los paganos que van a la casa de su Dios (2Cro

---

judíos) (8,35); hijo aplicado al ciego de nacimiento (9,19.20); hijo de perdición (Judas Iscariote) (17,12); y finalmente se llama hijo al discípulo amado de Jesús (19,26).

<sup>85</sup> Jesús sabe que es el Hijo de Dios: se declara hijo unigénito del Padre (3,16); el Padre ha puesto todo en sus manos (3,35); muestra una dependencia total del Padre (5,19); da la vida por los que quiere (5,20-21); quien honra al Hijo honra al Padre (5,22-23); el Padre ha concedido al Hijo tener vida en si mismo (5,25-26).

<sup>86</sup> Juan da testimonio que Jesús es el Hijo de Dios (1,34); Natanael le reconoce como Hijo de Dios y rey de los judíos (1,49); quien cree en el Hijo tiene vida eterna (3,36); Marta afirma que es el Cristo el Hijo de Dios (11,27).

<sup>87</sup> El que no cree ya está juzgado porque no han creído en el nombre del Hijo unigénito (3,18); para los judíos Jesús debe morir porque se tiene por Hijo de Dios (19,7).

<sup>88</sup> La condición filial de Jesús es el mensaje central para todos aquellos que se hagan lectores del cuarto Evangelio (20,31).

<sup>89</sup> En sentido figurado se habla de la oración y el llanto del hombre (2Cro 27, Sal 88,3), del clamor del hombre que va (llega) hasta Dios (Ex 3,9; Sal 102,2). En el contexto de la expectativa de la salvación se hallan las afirmaciones de la venida de los paganos a Israel o a Dios (Is 60,5ss.; Jr 16,19; Ag 2,7). En Mundle, “Venido”, IV, 319.

32,21)<sup>90</sup>; y de manera especial refiere la venida de Dios para juzgar<sup>91</sup>. Con la esperanza en la venida de Dios, empalma la expectativa del Mesías que aguarda el pueblo de Israel<sup>92</sup>.

En el Nuevo Testamento, el verbo *venir* hace referencia a la venida de Cristo o de Dios y de su Reino. En las afirmaciones de Jesús relativas al hecho de haber venido, se manifiesta en todos los evangelios su conciencia mesiánica. En los sinópticos se dice que Jesús ha venido para predicar el evangelio; no para derogar la Ley, sino para darle cumplimiento; para llevar a los pecadores a la penitencia; para traer no la paz sino la espada; ha venido a encender fuego en la tierra (Mc 1,38; Mt 5,19; 9,13; Lc 12,49). Así mismo, ha venido para dar su vida en rescate por todos (Mt 20,28; Lc 19,10)<sup>93</sup>.

En el cuarto Evangelio, el verbo *venir* destaca de manera particular que Jesús es quien ha venido del Padre y es quien tiene clara conciencia de *venir* de Dios<sup>94</sup>; sabe que ha *venido* al mundo para desarrollar un encargo, que es salvar al mundo, comunicar la Palabra del Padre a los hombres, dar su vida para que los discípulos tengan vida en abundancia, para que así quien crea no viva en tinieblas sino que

<sup>90</sup> *Ibíd.*

<sup>91</sup> “Ya Oseas ve que han llegado los días del juicio (9,7); en los vaticinios proféticos el día de Yahveh que llega, es grande y terrible (Jl 3,4 Za 14,1; MI 3,23; Sal 96,13. 98,9). Pero Dios no viene solamente como juez, sino también como salvador (Is 35,4; Sal 50,3; Za 14,5ss.); viene como portador de salud, que pastorea su rebaño; como salvador que quita los pecados de Jacob y hace brillar la luz sobre Jerusalén (Is 40,10ss.; 59,20; 60,1)”. En Mundle, “Venido”.

<sup>92</sup> “El Mesías viene como rey de paz (Za 9,9); como el bendito que viene en el nombre del Señor (Sal 128,26); el pasaje de Dn 7,13 que habla de la venida del ‘hijo del hombre’, se refiere en primer lugar al Reino que será dado a los “santos del Altísimo”; pero, dado que no es posible un reino sin un rey, se ha entendido, ya en tiempos anteriores al cristianismo (Hen [et] 46,3,4; 48,2) que el hijo del hombre era el Mesías. También en los textos de Qumrán (1QS 9,11; 4QPB 3) esta viva la esperanza en un mesías o varios mesías”. En Mundle, “Venido”.

<sup>93</sup> *Ibíd.*

<sup>94</sup> Dice a los judíos que ha venido en nombre del Padre pero que aún así ellos no lo reciben –pero si viniera otro a ese sí lo recibirían– (5,43); a su vez, es el único que ha visto al Padre pues es quien ha venido de él (6,46); grita enseñando en el Templo que no ha venido por su cuenta (7,28); ha salido y viene de Dios (8,42).

tenga la luz<sup>95</sup>. Al mismo tiempo que es un proceso de desvelamiento por parte de Jesús, también es un proceso de reconocimiento por parte de los discípulos, quienes lo reconocen como aquel que ha *venido* de Dios<sup>96</sup> y en virtud de ello vienen a él<sup>97</sup>; Jesús, después de llevar a cabo la obra de Dios en el mundo, vuelve al Padre<sup>98</sup>.

### 2.3 JESÚS ES EL *DON* DE DIOS

En el Antiguo Testamento, la versión de los LXX utiliza el término *doron* (don) para traducir diferentes palabras, cuyos significados fundamentales son<sup>99</sup>: los regalos que los hombres hacen entre sí (Gn 24,53; 32,13.18); los tributos a Dios (Jc 3,15.17); los sobornos entre los hombres<sup>100</sup> (Ex 23,7; Dt 16,19; 27,25; Sal 15,5); las ofrendas (en hebreo *qorbán*) que se daban para el culto (Lv 1,2.10.14; 2,1-4; Nm 5,15; 6,14.21); los dones que son ofrecidos a Dios en reconocimiento de su poder y su grandeza (tanto por los reyes Sal 68,30; como por las naciones Is 18,7); los dones otorgados por Dios a los hombres (Gn 30,20).

---

<sup>95</sup> Para un juicio ha venido –que los que no ven vean y los que ven no vean– (9,39); es la luz que ha venido al mundo para que todo el que crea en él no siga en tinieblas (12,46).

<sup>96</sup> Es el caso de Natanael quien es el primero en reconocer que Jesús ha venido de Dios como maestro (3,2); luego los discípulos creen que Jesús salió de Dios pues él lo sabe todo y nadie le tiene que hacer preguntas (16,30).

<sup>97</sup> Él los invita a venir a él, para que tengan vida (5,40); aunque, solo pueden venir a Jesús aquellos que el Padre atrae y él les resucitará en el último día (6,44), pues nadie puede venir a Jesús si el Padre no se lo concede (6,65).

<sup>98</sup> Su testimonio es válido pues sabe que ha venido de Dios y que va a él (8,14); sabe que ha salido de Dios y a él vuelve (13,3); Jesús salió del Padre, vino al mundo y luego deja el mundo y vuelve al Padre (16,28).

<sup>99</sup> Vorländer, “Don”, II, 47.

<sup>100</sup> “Los obsequios podían ser expresión de una política astuta, como cuando ‘el regalo abre paso al hombre y lo lleva hasta la gente importante’ –le abre camino– (Pr 18,16). Por lo anterior, se podía ofrecer un don por motivos completamente impropios, en cuyo caso la palabra viene a significar casi lo mismo que ‘soborno’. A los israelitas se les ordenó que no recibieran regalos: ‘no recibirán presente; por que el presente ciega a los que ven’” (Ex 23,8). En Morris, “Don”, 374.

En el Nuevo Testamento<sup>101</sup>, la palabra don presenta los siguientes matices: don u ofrenda en el sentido de dones de los hombres ofrecidos a Dios (Lc 21,5; Mt 5,23; 23,18); los regalos de un hombre a otro (Ap 11,10; Mt 7,11; Fil 4,17); y los dones o regalos que Dios da a los hombres<sup>102</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *don* solo aparece en el pasaje del diálogo de Jesús con la mujer samaritana; en este, Jesús le pide de beber a la mujer, ella se rehúsa a hacerlo y él le dice que si conociera el don de Dios, y supiera quién se lo está pidiendo, ella le pediría agua viva.

Al observar el contexto, la respuesta de Jesús pone en relación dos expresiones: conocer el don de Dios y la acción de Jesús de dar el agua viva<sup>103</sup>; y si el sentido de la expresión *don de Dios* se aclara en la relación con el agua viva, se puede encontrar aquí una referencia con el Antiguo Testamento cuando en él se usa el simbolismo del agua para referirse a la sabiduría de Dios que confiere la vida (Ba 3,12; Pr 13,14; Is 55,1-3). “Con este pensamiento como trasfondo entendemos perfectamente que Jesús se refiere a su revelación como ‘agua viva’, ya que Juan suele presentar a Jesús como la Sabiduría divina y como el que sustituye a la ley”<sup>104</sup>. Así *el don de Dios* se refiere a Jesús mismo y todo lo que revela.

<sup>101</sup> Vorländer, “Don”, 48.

<sup>102</sup> “El don de la salvación (Rm 5,15-17); el don inefable (2Co 9,15); el Espíritu Santo como don de Dios (Hch 2,38); todo don perfecto que descende de lo alto (St 1,17); don en el sentido de ‘carisma’ (1Co 12,4); don de la vida eterna (Rm 6,23); los dones espirituales que son los regalos que el Espíritu Santo imparte a ciertas personas y cada uno tiene un don de esta clase (1P 4,10), aunque, algunos dones se reservan para determinadas personas (Rm 12,6; 1Co 12,4-11; 28-30); quienes los han recibido son a su vez dones de Jesús resucitado para la Iglesia (Ef 4,7-11)”. En Morris, “Don”, 374.

<sup>103</sup> “La discusión sobre el significado de la frase ‘el don de Dios’ y su relación con ‘el agua viva’ no tiene fin. Gran parte de esta discusión depende de la enseñanza posterior sobre el Paráclito; la interpretación está más estrechamente vinculada al contexto inmediato de este pasaje”. En Moloney, *El Evangelio de Juan*, 143.

<sup>104</sup> Fernández, “Don”, 878.

## 2.4 JESÚS ES EL *PAN* DE DIOS QUE BAJA DEL CIELO

En el Antiguo Testamento, el pan era el alimento más importante de Israel, Palestina era un país pobre donde este se hacía originalmente de cebada mezclada con habas, lentejas y otros productos. Con motivo de las visitas inesperadas (Gn 19,3) y en la época de la siega (Rt 2,14), se hacían panes ázimos y se comían cereales tostados, también se llevaban estos panes en los casos en que había que partir rápidamente (1S 17,17) como ocurrió en la salida de Egipto (Ex 12,8. 11.34.39). La fiesta de los panes ázimos se remonta a esta salida y al celebrarla año tras año se actualiza a través del culto la liberación de Egipto hecha por la mano de Dios. Se habla también de los doce panes de la proposición que se encontraban sobre una mesa especial en el santuario de Israel (Ex 25,30; 1Cr 28,16)<sup>105</sup>.

En el Nuevo Testamento, el pan representa el alimento por excelencia<sup>106</sup> (Lc 15,17); comer pan es alimentarse, partir el pan con el hambriento significa alimentarlo (Is 58,7.10), la cuarta petición de la oración que Jesús enseña a sus discípulos en Mt 6,11 refiere todo aquello que tiene que ver con el sustento del cuerpo y las necesidades del hombre. La expresión de Lc 14,15 comer pan en el Reino de Dios alude a la participación en el banquete celestial. El relato de la multiplicación de los panes y de los peces en general significa que Jesús en cuanto que es el Mesías da el verdadero pan de vida (Mt 14, 13-21; Mt 15,22-39)<sup>107</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *pan* aparece en cuatro contextos: el relato de la multiplicación de los panes y los peces (6,1-15); el discurso de Jesús en el que se revela a sí mismo como el Pan de Vida (6,22-64); el relato de la cena de despedida (13,17-20); y en el relato de la aparición del resucitado (21,1-14). El pan se muestra en su dimensión de alimento en la multiplicación de los panes (6,1-15); tiene

---

<sup>105</sup> Merkel, “Pan”, III, 282.

<sup>106</sup> Según la costumbre judía, el amo de la casa tomaba en sus manos el pan que había ante él y pronunciaba la bendición. Jesús también pronunciaba esta bendición del pan, como reflejan el relato de la multiplicación de los panes y de los peces (Mc 6,41 par.) y en el de la última cena (Mc 14,22ss. y par.). En Merkel, “Pan”, 283.

<sup>107</sup> *Ibid.*

el sentido de compartir la mesa con Jesús en el pasaje que relata la plena conciencia que tenía de la traición de Judas (13,18), y es parte de la comida que ofrece Jesús resucitado en el relato de su aparición a algunos de sus discípulos a orillas del mar de Tiberiades: les ofrece pan y pescado asado (21,1-14).

Cambia de sentido en medio del discurso de Jesús después de la multiplicación de los panes, aquí él se revela como el pan de vida que baja del cielo y da la vida al mundo<sup>108</sup> (6,33); es un pan dado por el Padre (6,32) para que quien lo coma viva para siempre, y el pan que da es su carne para la vida del mundo (6,51).

Se da una identificación entre el pan que es Jesús, su carne que es verdadera comida y su sangre que es verdadera bebida (6,55); pues quien lo come y bebe permanece en Jesús y él así permanece en quien lo ha comido (6,56); de esta manera, así como Jesús vive por el Padre y ha sido enviado por él; quien coma el Pan de Dios vivirá por Jesús (6,57). Finalmente, Jesús se revela como el pan de Dios, que es superior al maná que comieron los padres del pueblo de Israel en el desierto (6,58).

## 2.5 JESÚS ES EL *CORDERO* DE DIOS

En el Antiguo Testamento el *cordero*<sup>109</sup> aparece como víctima del sacrificio, para purificar o reconciliar al pueblo o a una persona en

---

<sup>108</sup> “Se puede ver aquí un eco de Dt 8,3; en el que Moisés enseñaba al pueblo, ‘no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’; de esta interpretación del maná como Palabra de Dios, hay un eco en Sab 16,20; donde se habla del maná y se dice ‘Para que aprendieran tus hijos queridos Señor, que no alimenta al hombre la variedad de frutos, sino que es tu Palabra quien mantiene a los que creen en ti’”. En Brown, *El Evangelio según Juan*, 535.

<sup>109</sup> *Amnós* (en hebreo *Kedes*) es utilizado principalmente por el Documento sacerdotal y por Ez, es decir, por escritos de orientación cúltico-sacerdotal. Así pues, el cordero, como víctima del sacrificio desempeña un papel importante en el ámbito del culto israelita. En el templo se ofrecerán corderos como holocausto y como víctima (Lv 9,3; Nm 15,5), para reconciliar o purificar al pueblo, o bien a personas individuales (por ejemplo, leprosos: Lv 14,10). Según Ex 12,5 en la fiesta anual de la pascua y como recuerdo de la salida de Egipto, cada familia sacrifica un Cordero añal, macho, sin defecto, y rocía con su sangre las jambas de la casa. En su vaticinio sobre el nuevo Templo menciona Ezequiel a los corderos como ofrenda para el sacrificio de los sá-

su condición individual. Es el animal que se sacrifica en la Pascua. Isaías compara al cordero con el siervo de Yahveh sufrido y paciente, trasponiendo por primera vez la función del animal del sacrificio a una persona (Is 53,7)<sup>110</sup>.

En el Nuevo Testamento, la palabra *cordero* aplicada a Jesús aparece en cuatro textos, dos en Juan y solo dos en los demás libros: en Hch 8,32, donde se resalta la paciencia de Jesús en el sufrimiento, y en 1P 1,19, en el que con la expresión “sin defecto y sin mancha” se pone de relieve la impecabilidad y perfección del sacrificio de Jesús<sup>111</sup>.

En el cuarto Evangelio, la palabra *cordero* es pronunciada por Juan el Bautista quien la refiere a Jesús aplicándole este título. La expresión *cordero de Dios* ha sido comprendida en dos sentidos, en cuanto que Jesús sea el cordero pascual<sup>112</sup>, o bien que sea el siervo sufriente (del que habla Isaías)<sup>113</sup>, en realidad hay argumentos para asumir las dos posibilidades. Jesús, en cuanto cordero, es la víctima que se ofrece para destruir la maldad, es quien quita el pecado del mundo, ha cargado sobre sí la injusticia de los hombres y ha merecido para los hombres el perdón de Dios.

---

bados y fiestas (46,4.11), especialmente rico por su contenido es el texto del deuterio Isaías 53,7, donde el paciente y sufrido siervo de Yahveh es comparado con un cordero que es conducido al matadero y que, ante sus esquiladores, enmudece. Con esto se traspone por primera vez la función del animal de sacrificio a una persona. Hch 8,32 cita al deuterio Isaías 53,7 y aplica el pasaje al “Evangelio de Jesús” (Hch 8,35). En Gess, “Oveja”, III, 231.

<sup>110</sup> *Ibíd.*

<sup>111</sup> *Ibíd.*, 232.

<sup>112</sup> Al parecer, Juan ve en Jesús el “Cordero pascual” y en la narración de su pasión y muerte da unos elementos significativos como son, la hora de su condena 19,14; el hisopo que le acerca en la cruz 19,29 y que no le rompen las piernas 19,26. En Brown, *El Evangelio según Juan*, I, 271.

<sup>113</sup> Con el señalamiento de Jesús como aquel sobre quien baja y permanece el Espíritu de Dios, al parecer el evangelista establece una relación entre el siervo de Is 42 y el Siervo de Is 53 con Jesús. En Brown, *El Evangelio según Juan*, I, 270.

## 2.6 JESÚS ES EL *SANTO* DE DIOS

En el Antiguo Testamento, el concepto de lo *santo* está en el centro de la revelación que Dios hace de sí mismo, como también de su elección del pueblo de Israel (Ex 19,6; Lv 19,2). Esto pone de manifiesto las dos dimensiones de la santidad. Con respecto a Dios, la santidad es su carácter más esencial, su individualidad misma (Ex 15,11; Is 6,3; Am 4,2). Con respecto a seres humanos, objetos, lugares, tiempos<sup>114</sup> y cuestiones diversas tales como la guerra y el pacto (Dn 11,28), la santidad se deriva siempre de la proximidad al Dios santo, o de la relación con él<sup>115</sup>.

Estas dos dimensiones, la santidad de Dios y la santidad de los hombres, se hacen una en el Dios santo que hace pacto con un pueblo para que este sea santo: él creó un pueblo al concertar un pacto con él mismo (Ex 19,5-6; 20,1s) y la vida de ese pueblo debía reflejar la santidad de ese Dios: “serán santos como Yahveh Dios es santo” (Lv 19,2), este es el centro del código de santidad (Lv 17-26), que especifica las normas para vivir santos, tanto en el culto de adoración, como en el amor al prójimo y en la promoción de la justicia y en la eliminación de la injusticia<sup>116</sup>. Estas dos dimensiones de la santidad de Dios se evidencian a lo largo de la historia de Israel<sup>117</sup>.

En el Nuevo Testamento, la santidad se ve como la naturaleza más íntima de Dios (Ap 4,8); abarca la omnipotencia, la eternidad y la

---

<sup>114</sup> La palabra santo tiene una referencia cúllica, por ejemplo, el terreno en torno a la zarza ardiendo es santo (Ex 3,5), así también Guilgal (Jos 5,15), el Templo (Is 64,10), ciertos días (Is 58,13), las ofrendas (1S 21,5-7), los diezmos (Dt 26,13). En Procksch, “Santo”, 22.

<sup>115</sup> Brower, “Santo”, 1236.

<sup>116</sup> *Ibíd.*

<sup>117</sup> En el periodo preprofético la palabra santo se conecta con el nombre de Dios, es la expresión de su naturaleza y asume un significado moral (Am 4,2); en el periodo profético con Oseas se desarrolla un contraste entre el Dios santo y la humanidad pecadora (Os 11,9), para Isaías la santidad es la esencia secreta de Dios, lo cual evoca un santo temor (Is 6); en el periodo posexilico la santidad es referida tanto al ambiente de lo cultural como al comportamiento ético. En Procksch, “Santo”, 23.



gloria, y evoca un temor reverente. Dios es el padre santo (Jn 17,11)<sup>118</sup>. Al igual que al Padre, la santidad se aplica a Jesús<sup>119</sup>; y también al Espíritu<sup>120</sup>. La Iglesia, en cuanto comunidad cristiana es santa como Templo del Espíritu, centrado en Cristo el siervo santo. Como pueblo santo los cristianos han de ser santos (1P 2,9; 1,16).

En el cuarto Evangelio, la palabra *santo* aparece referida al Espíritu<sup>121</sup>, a Jesús<sup>122</sup>, al Templo<sup>123</sup> y al Padre<sup>124</sup>. Jesús llama a su Padre y al Espíritu *santos*; Pedro, en nombre de los Doce, llama a Jesús *santo* y los judíos llaman al Templo *santo*. Al parecer en el cuarto Evangelio se da un desplazamiento del sentido de la santidad, pues lo que para los judíos era un lugar, el Templo de Jerusalén, para los discípulos es una persona, Jesús; y para él a su vez, los santos son el Padre y el Espíritu.

### 3. LA EXPRESIÓN *DE DIOS* REFERIDA AL SER HUMANO

#### 3.1 LOS SERES HUMANOS HAN RECIBIDO LA POSIBILIDAD DE SER *HIJOS DE DIOS*<sup>125</sup>

En el Nuevo Testamento, para los sinópticos los hijos de Dios son bienaventurados, pues buscan la paz (Mt 5,9); aman a sus enemigos

<sup>118</sup> El Dios santo exige un pueblo santo (1P 1,15-16). El nombre de Dios, su persona revelada pero distinta ha de ser santificado (Mt 6,9; Lc 12,11). Procksch, “Santo”, 24.

<sup>119</sup> Mc 1,24; Lc 1,35; Jn 6,69; Ap 3,7; Hch 3,14.

<sup>120</sup> Quien es más amigo de la expresión Espíritu Santo es Lucas: 1,14.35.41.67; 2,25; 3,16.22; 4,1; 10,21; 11,13; 12,10. En los otros sinópticos está presente pero no en gran número. En Procksch, “Santo”.

<sup>121</sup> Se le llama santo al Espíritu en tres ocasiones: 1,33; 14,26; 20,22.

<sup>122</sup> A Jesús solo en una ocasión se le llama santo 6,69.

<sup>123</sup> Se aplica el término santo al Templo 11,48.

<sup>124</sup> Aparece referida al Padre cuando Jesús le llama santo en el contexto de la oración que hace por los que él ha puesto en sus manos, para que ellos sean uno, como el Padre y Jesús son uno (17,11).

<sup>125</sup> En el numeral 2.1.5., ya se ha explicitado la expresión *hijos de Dios* en el Antiguo Testamento, por ello aquí no se tratará.

(Mt 5,45); son la buena semilla que Jesús planta (Mt 13,37); son como ángeles, hijos de la resurrección (Lc 20,35-36); son hijos de la luz e hijos del Altísimo (Lc 6,35; 16,8). Para Pablo, Dios padre ha llamado a los hombres sus hijos (1Co 6,18)<sup>126</sup>. En las cartas de San Juan, los hijos de Dios son quienes han sido amados por el Padre, pero no solo es una condición actual, sino que también es un estado que no ha llegado a su plenitud, pues cuando él se manifieste, serán semejantes al Padre, pues le verán tal cual es (1Jn 3,1-2)<sup>127</sup>.

En el cuarto Evangelio, a aquellos que reciben la Palabra el Padre les da la posibilidad de ser *hijos*<sup>128</sup> suyos (1,12) además, el evangelista señala que Jesús muere para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (11,52). Para entender lo que significa poder ser hijos de Dios es necesario revisar la expresión anterior que evidencia la condición de posibilidad para que se dé la filiación, “recibir la Palabra”. Al acercarse a dicha expresión, normalmente refiere al hecho de aceptar el testimonio de Jesús<sup>129</sup>. Por tanto, lo que hace que una persona sea hijo de Dios es aceptar la Palabra

<sup>126</sup> Esta condición exige un comportamiento ético intachable (Flp 2,15), se hace posible solo por la fe (Ga 3,26). El Padre ha enviado a su Hijo al mundo para que rescata a los hombres y les concediera el ser hijos de Dios (Ga 4,5), ellos son herederos por voluntad de Dios (Ga 4,6). Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios son sus hijos (Rm 8,14), han recibido el espíritu de adopción (Rm 8,15-16), el anhelo de la creación es la revelación de los hijos de Dios pues ella será liberada de la esclavitud y pasará a la gloria de los hijos de Dios (Rm 8,19-20); no son hijos de la carne sino hijos de la promesa a Abrahán (Rm 9,7). El Padre los ha elegido desde antes de la creación del mundo, para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo (Ef 5,1), como hijos queridos de Dios, los hombres deben imitar a Dios, para amar tal como Cristo amó y se entregó por todos (Ef 5,1-2).

<sup>127</sup> Tal condición implica un comportamiento propio, practicar la justicia, amar a los hermanos y cumplir los mandamientos (1Jn 3,10; 5,2).

<sup>128</sup> La palabra hijos *tekna* (diferente de la palabra usada para Hijo de Dios, que es *uios*), solo se encuentra en tres ocasiones a lo largo del relato, en dos ocasiones refiere a los hijos de Dios (1,12 y 11,52) y una a hijos de Abrahán (8,39). En Brown, *El Evangelio según Juan*, I, 203.

<sup>129</sup> Lo que él ha visto y oído del Padre (3,11; 3,32); pues quien lo recibe certifica que Dios es veraz (3,33); y quien recibe a Jesús, recibe al que lo ha enviado (13,20); por tanto, los que han recibido las palabras del Padre se hacen sus discípulos (17,8).

de Dios, no la pertenencia a un pueblo por ascendencia, como lo era en el pueblo judío. En esta misma línea, se puede comprender la referencia que hace el evangelista cuando expone la razón de ser de la muerte de Jesús, quien debía morir por el pueblo (con ocasión de lo profetizado por el Sumo Sacerdote) y agrega que no solo por el pueblo sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (11,52), pues en esta frase hace que se descubra el llamado de Dios a los hombres de todas las naciones a ser sus hijos, quedando a un lado la exclusividad del pueblo de Israel.

Por su parte, los judíos (las autoridades principalmente) son quienes no reciben a Jesús (5,43); y quien rechaza a Jesús y no recibe sus palabras, será juzgado por esta misma palabra (12,48) y no obtienen la posibilidad de hacerse hijos de Dios.

### 3.2 LOS SERES HUMANOS QUE RECIBEN LA PALABRA *NACEN* DE DIOS

En el Antiguo Testamento nunca se habla de nuevo nacimiento del hombre, pues por su nacimiento natural el israelita pertenecía a su pueblo con pleno derecho; no tenía por lo tanto necesidad de nacer de nuevo. Sin embargo, se pueden ver las raíces del concepto en el Antiguo Testamento de la siguiente manera: la constitución de Israel como pueblo de Dios se presentaba con frecuencia como un verdadero parto, Israel era el primogénito de Dios (Ex 4,22; Sb 18,13); Dios lo había engendrado cuando lo sacó de Egipto (Dt 32,6.18ss.); y así la vida en el desierto fue como una primera infancia (Dt 1,31; 31,10; Os 11,1-5). Posteriormente, en la Nueva Alianza anunciada por los profetas no se contentará Dios con dar al pueblo su Ley, sino que la grabará en el corazón de cada hombre, en lo más íntimo de su ser (Jr 31,31-34; Dt 30,10-14). Otras veces es el Espíritu el que ha de venir a renovar el corazón del hombre (Ez 36,26). De esta manera, la figura de nacimiento se aplicaba al pueblo quien había sido engendrado, parido y alimentado por los senos generosos de su madre Jerusalén (Is 66,7-14)<sup>130</sup>.

---

<sup>130</sup> Boismard, “Nacimiento (nuevo)”, 576.

En el Nuevo Testamento, en los evangelios sinópticos no se habla de nuevo nacimiento. Sin embargo, partiendo de Jr 31 y Dt 30, se compara la Palabra de Dios con una semilla depositada en el corazón del hombre para ser en él principio de nueva vida moral (Mt 13,18-23). Por lo demás, tan solo enseña la necesidad de hacerse como niños para entrar en el Reino de los Cielos (Mt 18,3)<sup>131</sup>.

Por su parte, la reflexión apostólica sí elabora una reflexión acerca del nuevo nacimiento<sup>132</sup> en Cristo; para renacer sobrenaturalmente debe el hombre recibir en sí un principio de vida venido de Dios; así la tradición apostólica lo identificó con la Palabra de Dios<sup>133</sup> y con su Espíritu<sup>134</sup>.

En las cartas de Juan también hay una reflexión sobre el nuevo nacimiento, quien cree que Jesús es el Cristo y ama al Padre, ha nacido de Dios y ama a los que también han nacido de él (1Jn 5,1), no comete pecado pues el Espíritu de Dios habita en él (1Jn 3,9), conoce a Dios (1Jn 4,7), vence al mundo y el Maligno no lo toca (1Jn 5,4; 5,18).

En el cuarto Evangelio, el verbo nacer<sup>135</sup> refiere al nacer de Dios que es un nacer de nuevo del agua y del espíritu para ver y entrar en

<sup>131</sup> *Ibid.*

<sup>132</sup> La consecuencia del nuevo nacimiento en el hombre es una realidad profunda, su comportamiento moral queda completamente transformado. Ha abandonado el mal (St 1,21; 1P 2,1); no sigue ya sus pasiones (1P 1,14); sino que obedece a la palabra que le prescribe el amor a sus hermanos (1,22); en adelante vive bajo la guía del Espíritu (Rm 8,14); inserto en la vida misma de Cristo (Rm 6,5). Boismard, "Nacimiento (nuevo)", 577.

<sup>133</sup> En cuanto a la Palabra se tiene lo siguiente: Dios engendró al hombre por su Palabra de verdad (St 1,18-21); lo ha reengendrado por su Palabra (la predicación evangélica) que depositó en él como una semilla de vida y a la que se debe obedecer (1P 1,22-25). *Ibid.*

<sup>134</sup> En cuanto al Espíritu, él es quien se da como principio del nuevo nacimiento del hombre en conexión con el agua bautismal (Tt 3,5); para Pablo, es el Espíritu el que nos hace hijos de Dios (Rm 8,15s; Ga 4,6.). Este nacimiento por la Palabra se da gracias a la fe y por el Espíritu que se nos ha dado mediante el bautismo, los dos aspectos son inseparables, Palabra y Espíritu: el Espíritu le da eficacia a la Palabra. *Ibid.*

<sup>135</sup> El verbo nacer aparece una vez en el Prólogo (1,13). Ocho veces a lo largo de la conversación de Jesús con Nicodemo (3,3-7). Una vez con ocasión de la discusión de

el Reino de Dios (3,3.5). Identifica a una persona que ha sido ciega desde que nació pero que Jesús le curó y después creyó en él (nació de nuevo). Está en una parábola que usa Jesús para hacer comprender a sus discípulos que el dolor que sentirán por su partida no se comparará con el gozo de su resurrección (16,21) y se refiere a la venida de Jesús al mundo, para dar testimonio de la verdad (18,37).

Así pues, los seres humanos al aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y recibir su Palabra, nacen de nuevo, del agua y del Espíritu y con este nuevo nacimiento pueden entrar y ver el Reino de Dios.

### 3.3 LOS SERES HUMANOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA DE DIOS, MUESTRAN QUE *PROCEDEN* DE ÉL

En el Antiguo Testamento, quien es<sup>136</sup> de Dios por excelencia es el pueblo de Israel, la realidad más significativa e importante es la mutua *pertenencia*, “yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Lv 16,12). Cuando Israel se constituye en monarquía es Dios quien nombra un rey para su pueblo (1S 9,16-17); su pacto permanece para siempre y no se quebranta aunque los hombres se olviden de él (1R 6,13). Los salmos declaran la pertenencia del pueblo a Dios (Sal 78,1; 81,11-13). Los profetas recuerdan permanentemente al pueblo que son propiedad de Dios y renuevan la alianza (Jr 4,22; Ez 14,11; 11,20; 34,30-31; 36,28; 37,23), les transmiten su consuelo e invitan a reconocer su presencia en medio de ellos (Is 40,1; 40,1; 43,21; 51,16).

En el Nuevo Testamento, Pablo refiere la *pertenencia* a Dios, a través de la pertenencia a Cristo. Los creyentes son de Cristo tal como Cristo es de Dios (1Co 3,23); ser de Cristo significa haber sido llamado en libertad para hacerse su esclavo (1Co 7,22), en él todos serán vivificados cuando venga, primero él, luego los que le *pertenecen* (1Co 15,22-23). Además, ser de Cristo no es solo una condición del creyente, sino también de la comunidad, pues ella también

---

Jesús con los fariseos acerca del ser hijos de Abrahán (8,41). Cinco veces se refiere al hombre que nació ciego y fue curado por Jesús (9,2.19.20.32.34). Una vez al hacer uso de la comparación con una mujer que va a dar a luz (16,21). Finalmente, Jesús declara que ha nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad (18,37).

le ha de reconocer (2Co 10,7), los que son de Cristo han crucificado la carne y viven según el espíritu (Ga 5,24).

De manera especial, el *proceder* de Dios se encuentra en las cartas de Juan, ser de él significa vivir como Jesús vivió y permanecer en su amor (1Jn 2,6); ser justo y amar a los hermanos (1Jn 3,10). Se trata de cumplir sus mandamientos para que Dios habite en el creyente y él en Dios (1Jn 3,24); obrar el bien (3Jn 11). También aquí el *proceder* de Dios no es solo una condición individual sino una realidad que se vive en comunidad, pues los que son de Dios han vencido a los anticristos (1Jn 4,4), es la comunidad creyente la que se sabe *procede de Dios* (1Jn 5,19).

En el cuarto Evangelio, Jesús afirma que quien es de Dios escucha las palabras de Dios y que los judíos no las escuchan porque no son de Dios (8,47); en su oración al Padre, revela que ha manifestado su nombre a los que son de él, a quienes había tomado del mundo, para que guardaran la Palabra que les ha comunicado (17,6.9).

## CONCLUSIONES

A lo largo del capítulo se ha tenido la oportunidad de evidenciar lo que significa cada una de las notas características de los tres grupos a los que se refiere la expresión *de Dios*. Al proponer lo que significaba en el Antiguo Testamento, su significado en el Nuevo y, finalmente, lo específico de su sentido en el cuarto Evangelio, se puede establecer que existe una continuidad y una novedad en lo que se muestra de Dios a lo largo del cuarto Evangelio con respecto al Antiguo Testamento y con relación a los demás escritos del Nuevo que tratan la respectiva nota característica.

Se da una continuidad en la que Dios sigue comunicando sus palabras a los hombres, pero se da una novedad en la que ya no es a través de hombres escogidos para tal tarea, como los profetas, sino que esta vez envía a su propio Hijo, quien comunica sus palabras; y es él mismo la Palabra del Padre.

Dios sigue mostrando que cuida a su pueblo, lo acompaña y sostiene, pero esta vez su favor ya no es solo para el pueblo de Israel sino que abarca todos los pueblos de la tierra (el don de Dios revelado a la Samaritana es Jesús quien muere para reunir a los hijos de Dios dispersos). Más aún, Dios ya no establece relaciones de Señor

y siervo con los seres humanos, sino que en Jesús se da a conocer como Padre, creando una nueva familia con ellos, además Jesús ha llamado a los que crean en él a ser sus amigos.

Existe una gran novedad en la revelación del Reino de Dios, que nada tiene que ver con el antiguo reino que llegó a ser el pueblo de Israel; se trata de un nuevo nacimiento que acontece en el hombre que acepta y cree en Jesús, solo así se puede ver y entrar en este Reino; es descubrir que Jesús es el Reino, es el nuevo rey elevado en la cruz, que ha venido a dar vida en abundancia.

Continuidad en que la ira de Dios permanece sobre aquel que no está dispuesto a escuchar sus palabras, pero novedad en que es el hombre mismo quien con su rechazo a él, se hace a un lado y no acepta su propuesta de recibir vida en abundancia y por ello el amor de Dios no puede estar en él.

Hay una gran transformación en la manera en que se descubre la presencia de Dios en medio de su pueblo, pues ya no es a través de un lugar santo, el Templo; sino una persona, Jesús, quien a su vez enseña que el Padre y el Espíritu también son santos.

La manifestación visible de las obras poderosas de Dios que revelaban su gloria en el Antiguo Testamento, ahora se hacen realidad en Jesús, quien es el mismo Dios (quien me ha visto a mí ha visto al Padre); y en su obrar, los signos que realiza en favor de los hombres (por ejemplo, las curaciones). En Jesús se manifiesta la gloria de Dios.

Existe una gran novedad en descubrir a Jesús como aquel que revela a Dios, pues es quien le ha visto y ha existido junto con él desde la eternidad (lo planteado por el Prólogo). Pero además de ello se trata de reconocer que en la persona misma de Jesús, acontece la manifestación de Dios, pues es el don por excelencia de su amor por los hombres; él se hace alimento, Pan de vida, que se entrega a la humanidad, da su cuerpo y su sangre como alimento verdadero. Jesús no solo es quien ha venido a contarnos quién es Dios, sino que también él mismo es Dios.

Esta entrega total y definitiva de Dios por los hombres en Jesús está en estrecha relación con el sacrificio que se hacía desde tiempos antiguos cuando se ofrecía el cordero pascual para que Dios perdonara los pecados, pero una gran novedad se da en que ya no se necesitarán más corderos, pues ahora es Jesús quien toma el lugar

del Cordero, que es dado por Dios mismo, quien con su entrega y sacrificio en la cruz quita, ya no los pecados, sino el pecado de la humanidad, no es una expiación más de los pecados, sino la ruptura total y definitiva, el pecado es vencido.

La revelación de Dios en su Hijo tiene como finalidad comunicar la vida eterna a los hombres, por ello, estos reciben la posibilidad de ser hijos de Dios, nacen de nuevo del agua y del Espíritu Santo, son enviados a comunicar las palabras que han escuchado a Jesús y a declarar que son sus discípulos en el amor que se tienen unos a otros, manifestando así la gloria de Dios.

Los discípulos de Jesús, al amarse los unos a los otros de la misma manera que Jesús los ha amado, se constituyen en una comunidad, que a su vez es sostenida y guiada por la presencia de Dios padre y Jesús a través de su Espíritu Santo, quien es enviado a los creyentes después de la resurrección de Jesús y vive en la comunidad enseñando y recordando todo lo que Jesús les ha transmitido del Padre; por ello, en los creyentes ya individualmente (quienes nacen de Dios) o en comunidad (el Espíritu Santo que acompaña), Dios se sigue mostrando.



## BIBLIOGRAFÍA

- Augrain, Charles. “Escuchar”. En *Vocabulario de teología bíblica*, por X. Léon-Dufour, 289-290. Barcelona: Herder, 1990.
- Baena, Gustavo. *Fenomenología de la revelación, Teología de la Biblia y hermenéutica*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2011.
- Barucq, André y Pierre Grelot. “Enseñar”. En *Vocabulario de teología bíblica*, por X. Léon-Dufour, 279-282. Barcelona: Herder, 1990.
- Blank, Josef. *El Evangelio según San Juan*. Barcelona: Herder, 1984.
- Boismard, Marie-Émile. “Nacimiento (nuevo)”. En *Vocabulario de teología bíblica*, por X. Léon-Dufour, 576-578. Barcelona: Herder, 1990.
- Brown, Raymond Edward. *El Evangelio y las cartas de Juan*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2010.
- \_\_\_\_\_. *El Evangelio según Juan*. Madrid: Cristiandad, 1999.
- Brower, “Santo”. En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Bruce, P. Millard y D. Powell, 1236-1237. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Bruce, Marshall y Packer Millar (comps.). *Nuevo diccionario bíblico Certeza*. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Caba, José. *Teología joánica salvación ofrecida por Dios*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2007.
- Castro Sánchez, Secundino. *Evangelio de Juan*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2008.
- Connell. “Obras”. En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Bruce, P. Millard y D. Powell, 968-969. Barcelona: Certeza Unida, 2003.

- Corzani, Bruno. *Guía para el estudio del griego*. Madrid: Sociedad Bíblica, 1998.
- Dodd, Charles Harold. *Interpretación del cuarto Evangelio*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1978.
- Escuela Bíblica de Jerusalén. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2009.
- Fernández Ramos, Felipe. “Don”. En *Diccionario del mundo joánico*, por F. Fernández Ramos, 876-881. Burgos: Monte Carmelo, 2004.
- Fohrer. “Hijo”. En *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, por G. Kittel y G. Friedrich, 1192-1193. Michigan: Libros Desafío, 2002.
- François, Amiot y Xavier Léon-Dufour. “Obra”. En *Vocabulario de teología bíblica*, por X. Léon-Dufour, 604-608. Barcelona: Herder, 1990.
- García-Moreno, Antonio. *Temas teológicos del Evangelio de San Juan*. Madrid: Ediciones Rialp, 2009.
- Gess. “Oveja”. En *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, por L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard, 230-232. Salamanca: Sígueme, 1980.
- Grelot, Pierre y André Feuillet. “Palabra de Dios”. En *Vocabulario de teología bíblica*, editado por X. Léon-Dufour, 630-636. Barcelona: Herder, 1990.
- Günter. “Amor-amado”. En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 48-50. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Haarbseck, H. “Palabra.” En *Diccionario bíblico Certeza*, editado por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 1010. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Hemer. “Ángeles”. En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 57-59. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Jay, Eric G. *Grammatica greca del Nuovo Testamento*. Casale Monferrato: Edizione Piemme, 1994.
- Léon-Dufour, Xavier. *Lectura del Evangelio de Juan*. Salamanca: Sígueme, 1998.

- \_\_\_\_\_. *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona: Herder, 1965.
- Mateos, Juan y Juan Barreto. *El Evangelio de Juan, análisis lingüístico y comentario exegético*. Madrid: Cristiandad, 1992.
- Merkel. “Pan”. En *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, por L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard, 282-284. Salamanca: Sígueme, 1980.
- Metzger, Bruce y otros. *The Greek New Testament*. Stuttgart: Deutsche Bibelgesellschaft, 2005.
- Moloney, Francis. *El Evangelio de Juan*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2005.
- Morris. “Don”. En *Diccionario bíblico Certeza*, editado por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 374. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Mundle. “Venido”. En *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por: L. Coenen; E. Beyreuther y H. Bietenhard, 319-323. Salamanca: Sígueme, 1980.
- Nixon. “Gloria”. En *Diccionario bíblico Certeza*, editado por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 547-548. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Noratto, José Alfredo. *La venida de Cristo según San Juan*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- Procksch. “Santo”. En *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por G. Kittel y G. Friedrich, 22-24. Michigan: Libros Desafío, 2002.
- Ortiz Valdivieso, Pedro. *Evangelio de Juan, introducción y exégesis*. Bogotá: CEJA, 2004.
- Ortolá Guixot, Álvaro Fernando. “Sintaxis griega. Genitivo”. <http://s392285829.mialojamiento.es/grec/matedoce/grammar/sintaxis/genitivo.htm> (consultado el 30 de enero de 2014).
- Ramos Pérez, Fernando. *Ver a Jesús y sus signos, y creer en él, estudio exegético-teológico de la relación “ver y creer” en el Evangelio según San Juan*. Roma: Pontificia Università Gregoriana, 2004.
- Schnackenburg, Rudolf. *El Evangelio según San Juan versión y comentario*. Barcelona: Herder, 1980.

- Schweizer, A. "Hijo". En *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por G. Kittel y G. Friedrich, 1194-1198. Michigan: Libros Desafío, 2002.
- Tasker. "Ira". En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 634-635. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Tuñi, Josep Oriol. *El Evangelio es Jesús. Pautas para una nueva comprensión del evangelio según Juan*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2010.
- Von Rad, Gerhard. "Ángeles". En *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por G. Kittel y G. Friedrich, 20-21. Michigan: Libros Desafío, 2002.
- Vorländer. "Don". En *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard, 47-49. Salamanca: Sígueme, 1980.
- Williamson. "Obra". En *Diccionario bíblico Certeza*, por M. Brucel, P. Millard y D. Powell, 969. Barcelona: Certeza Unida, 2003.
- Wegenast. "Enseñanza". En *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, editado por L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard, 78-93. Salamanca: Sígueme, 1980.
- Zevini, Giorgio. *Evangelio según San Juan*. Salamanca: Sígueme, 1995.